

Además...

TUDO SEA POR ELENA



CUANDO alguien me pregunta por qué estudié química, respondo preguntando por qué cruzó Leandro el Helesponto. Porque la respuesta es la misma: una mujer.

Una mujer me indujo a la química; nadie más. No fué, estoy seguro, una inclinación natural. Mi inclinación natural no es hacia la química; es, sin embargo, hacia las mujeres.

No debe pensarse que soy un tenorio. Para mí, la búsqueda de las mujeres es sólo una parte de un plan mucho más ambicioso: la búsqueda del placer. Yo soy un hedonista.

Yo me convertí en practicante del hedonismo por casualidad y hace algunos años, cuando me encontré la palabra en un diccionario. "Hedonismo —decía— La doctrina que sostiene que el placer es el único o el principal bien de la vida. Los principales defensores del Hedonismo en la antigüedad fueron los Epicúreos y los Cirenaicos."

No es posible explicar lo feliz que me hizo esa definición. Yo llevaba ya largo tiempo de creer que el placer es el único o el principal bien de la vida, pero ésa era la primera vez que me enteraba de que eso era una doctrina. Muchas personas, principalmente mi padre, venían calificándome de vagabundo, y para decir la verdad, yo me había visto obligado a darles la razón. Pero al saber que habían existido los Epicúreos y los Cirenaicos, dió un cariz distinto a las cosas. Porque es difícil decir que un Epicúreo es un vagabundo, y mucho menos, que un Cirenaico.

Entusiasmado con la idea de que yo seguía una antigua y honorable doctrina, me lancé con vigor renovado a la búsqueda del placer. Cuando la gente, principalmente mi padre, insistía en llamarme vagabundo, yo entonces sonreía inescrutablemente y contestaba:

—Ja, eso es lo que ustedes creen!

Hasta aquí el hedonismo. Volvamos a la mujer que me lanzó a la química. Se llamaba Elena Frith. Tenía 16 años, un poco joven para mí. Yo prefiero mujeres de una edad más cercana a la mía, que es de 18. Pero en vista de su extravagante desarrollo, me dispuse a aflojar un poco. Medía un metro sesenta, con los zapatos sucios. Su peso, calculado lo más aproximadamente que permite la decencia, era de 110 libras. Su pelo, del color de la miel auténtica de abejas. Sus ojos, de un azul celestial. (Me reflejo, por supuesto, al iris, que el resto era blanco). Su nariz era corta y simétrica, sus labios llenos, suaves y rojos. Sus dientes parejos y sin caries. Su piel, lo mejor que hay en pieles. Su cuerpo no tenía bultos inadecuados, sino varios muy adecuados.

Vi por primera vez a este fantasma de delicia, cuando me estaba inscribiendo en el Primer Curso de la Universidad de Grainbelt. Para mí, aquella era una época de confusión. Yo estaba tratando de llenar un programa

Por Max Shulman

ma para mi curso inicial. Estaba en filas con varios cientos de novatos como yo, avanzando lentamente hacia el consejero de la facultad. Cuando llegara a su escritorio, mi deber era decir al consejero cuáles eran los cursos que deseaba tomar, y, ayudado por él, elaborar mi programa. Pero yo no sabía cuáles eran los cursos que deseaba tomar. Revisando largamente la lista, no había encontrado absolutamente nada que pudiera atraer a un hedonista. Sin embargo, tenía que tomar algún curso. Mi padre había insistido mucho en este punto.

La fila avanzaba, y comencé a sentir pánico. Tuve una visión horrible: me vi trabajando en la panadería de mi padre. Ese era el espantoso castigo que me había prometido si no triunfaba en la Universidad. La verdad es que él quería que yo trabajara en la panadería en vez de ir a la Universidad. Me había tomado muchos días de apasionada oratoria convencerlo.

Y ya me iba acercando cada vez más al escritorio del consejero, y no tenía aun la menor idea de cuáles eran los cursos que deseaba tomar. Revisé como un loco el catálogo, pero terminé por darme por vencido. "Que el consejero me aconseje", pensé. Para eso le pagan.

Mr. McCandless, el consejero, era un hombre que acabaría de pasar los 30 años. No había sido maestro durante el tiempo que se requiere para desenvol-

ver un profundo odio a los estudiantes que caracteriza a profesores más viejos. Me saludó con una sonrisa agradable y me preguntó mi nombre.

—Dobíe Gillis, le confesé.

—Y qué le gustaría estudiar?—preguntó.

—No sé exactamente, repliqué.

—Qué es lo que más le interesa?—me preguntó.

—Las mujeres.

—Tal vez le interesaría estudiar obs

tetricia,—sugirió.

—No le contesté. Mi interés no llega hasta allí.

—Y qué le parecería Historia o Economía?

—No.

—Antropología, Sociología, Psicología?

—No.

—Y las Ciencias: Química tal vez?

—Nada hay que me atraiga menos que la Química.

Derecho, periodismo, filosofía, educación física, geología, idiomas, zoología, arqueología, farmacia, ingeniería civil, ingeniería, mecánica, ingeniería eléctrica, e ingeniería aeronáutica, tampoco lograron interesarme.

—Por qué,— me dijo Mrs. McCandless con voz ronca—no se hace a un lado y lo piensa por unos minutos, mientras atiendo a la otra gente que está en la fila?

Me hice a un lado, y el estudiante que estaba detrás de mí se acercó al

escritorio. El estudiante que estaba detrás de mí era Elena Frith, arriba descrita.

Soy un hombre que en circunstancias normales, puede ocultar perfectamente sus emociones. Pero ver por primera vez a la señorita Elena Frith no es de ningún modo una circunstancia normal. Sentí que mis ojos se hinchaban, que mi quijada se caía, y que mis rodillas saltaban cual liebres. Traté en vano de moderarme. Lo único que pude hacer fue agarrarme de una esquina del escritorio y comenzar a gulfiarle un ojo con toda rapidez.

Mr. McCandless me miró nerviosamente, pero Elena Frith no pareció darse cuenta.

—Soy Elena Frith,—dijo con voz directa de soprano,—y quiero estudiar química.

—Un momento, señorita—dijo Mr. McCandless. Y se volvió a mí:

—Se siente bien, Gillis?

Moví la cabeza diciendo que sí.

—Quiero—continuó Elena Frith—llevar a ser una gran química, y hacer descubrimientos simplemente maravillosos. Quiero encontrar remedio a las enfermedades, y fórmulas para aumentar la producción, ayudar a la industria, eliminar las pestes y hacer la vida mejor y más rica para todos los pueblos de la tierra.

—Yo también!—grité, agitando mi puño cerrado en el aire.

Mr. McCandless me miró.

—Qué sucede? Hace un minuto me ha dicho que nada hay que le atraiga menos que la química.

SUPLEMENTO DE "LA REPUBLICA" 83
CON ESTE CONTENIDO:

- * TODO SEA POR HELENA. (Cuento), por Max Shulman.
- * SAN MIGUEL. (Romance gitano), por Federico García Lorca.
- * ANECDOTARIO NACIONAL, por Carlos Fernández Mora.
- * EL TICO Y SU TIERRA, por William Vogt.
- * REBELAIS, MAESTRO DE MORAL, por Georges Fradier.
- * LA HISTORIA DE MI MADRE, por Domingo Faustino Sarmiento.
- * 1957—58: EL PRIMER AÑO GEOFISICO INTER NACIONAL, por Mauricio Goldsmith.
- * LOS DOS COMPADRES, por María de Noguera.
- * GANDHI, EL SANTO DEL SIGLO XX, por Jorge Carrera Andrade.
- * Los libros y los días: GARCIA LORCA EN NORTE-AMERICA, por Ramón Sender.
- * CARTAS FEMENINAS, por Luz del Alba.

San José, Costa Rica, 19 de setiembre de 1953.
Nº 66



—Hace un minuto eso era cierto—
repliqué—pero esta 'oven me ha abier-
to los ojos.

Y tomando una de sus manos entre
las dos mías, le pregunté:

—Señorita Frith, puedo decirle lo
que siento?

—Sí, me dijo con una cálida son-
risa.

—Hace apenas un momento, yo era
un hombre de rumbo, un barco sin
timón. Pero usted me ha mostrado
el camino. Ya sé lo que quiero. Quiero
estudiar química con usted, hacer des-
cubrimientos con usted, aliviar la car-
ga de la humanidad con usted. Usted
y yo juntos, con los tubos de ensayo
en la mano, desde hoy.

—Ay—dijo—igual que María y Pe-
dro Curle.

—Exactamente—asentí.—Usted me
puede llamar Pedro, y yo la llamaré
María.

—Pedro!—suspiró.

—María!—suspiré.

Y permanecimos abrazados en si-
lencio, perdidos en la magia del mo-
mento.

—La Universidad no ve con buenos
ojos—dijo Mr. McCandless severamen-
te—que los estudiantes se abracen en
los edificios escolásticos.

Solté entonces a Elena—quiero de-
cir, a María y Mr. McCandless con-
feccioné nuestros programas. Luego
nos fuimos a la Farmacia "Kozy Kam-
pus Korner", para conocernos mejor.

Sobre dos "Varsity Vooms (un helado
de vainilla, un helado de choco-
late, un helado de col, salsa de cho-
colate y anchoas), me enteré de que
la química no había sido siempre el
poder motor de la vida de María.
En realidad, era tan sólo una preocu-
pación reciente. En años anteriores,
ella había abrazado otras causas. A
los doce años, había sido una femi-
nista militante. Pero esto terminó re-
pentinamente, cuando descubrió que
ya las mujeres gozaban del derecho
de votar. Al año siguiente, se dedicó
a los ejercicios de Yogi, y los practicó
con gran fidelidad. Sin embar-
go los abandonó, ante los sinceros
ruegos de su madre, cuando sus bí-
ceps se habían puesto un poco más
grandes que los de Rocky Graziano.
Se necesitó un año de indolencia for-
zada para que sus brazos volvieran
a ser femeninos. Después, sucesiva-
mente, fué vegetariana, coleccionista
de flechas, tocadora de timbales, y
todo también fué desapareciendo. A
hora era la química.

Mi corazón se conmovió al oírlo.
Toda su vida la pobre muchacha ha-
bía estado buscando, a tientas, ham-
brienta de encontrar un sitio. Ahora,
creía que —la química era la respu-
sta, pero con sólo mirarla yo podía
decir que no lo era. Pronto se can-
saría de la química y se embarcaría
una vez más en su infinito deseo de
realizarse, tan sólo para encontrar de
nuevo decepciones.

Si nuestros rumbos no se hubieran
cruzado, creo que ella podría haber
pasado su vida entera en esta impro-
ba búsqueda. Pero yo sabía lo que
ella quería. Yo sabía cuál era el pro-
pósito, la causa que le traería autén-
tica y profunda satisfacción a su al-
ma, y que por lo tanto siempre se le
había escapado. Me refiero, por su-
puesto, al hedonismo.

Porque era obvio, para mi ojo ex-
perimentado, que esta muchacha ha-
bía sido hecha para el hedonismo. Su
sinceridad, su entusiasmo burbujean-
te, su modo de hablar, de caminar
y de sonreír, todas estas eran señales
que no debían malinterpretarse. Sin
duda, estaba hecha para ser una he-
donista.

Ya iba a comenzar a convertirla,
cuando un pensamiento moderador me
sobrevino: era demasiado pronto. El
hedonismo —quería completa con-
centración y en aquel momento su
mente estaba llena de todos aquellos
disparates químicos. Era mejor espe-
rar a que se aburriera de la quími-
ca, antes de comenzar mi trabajo de
misionero; en realidad, no tomaría
mucho tiempo.

Mientras tanto, mientras la química
fuera su preocupación, yo la segui-
ría el corriente. Aun más: pretende-
ría sentir tanto entusiasmo como ella
por el tema. De este modo, podría
convencerla de que éramos almas ge-
melas, y eso haría más fácil atraerla
al hedonismo más tarde.

De modo que la llevé a la Colina
Smooch, tradicional lugar de cita de
la Universidad, y allí nos sentamos
bajo un viejo roble, la cabeza de

ella en mi hombro, su mano en la
mía. Por seis horas y sin interrup-
ción, hablamos de encontrar remedio
para el cáncer, la leucemia y la des-
coloración del chocolate en clima ca-
liente.

Fueron seis horas de tranquilidad,
si se exceptúa un momento en que de
pronto se escapó de mis brazos, se
puso en pie, y me miró con expresión
consternada.

—María, qué te pasa?—le pregunté
alarmado.

—Oh, Pedro, he tenido una idea hor-
rible—gimió.—Cuando hayamos des-
cubierto el remedio para todas las en-
fermedades de la tierra, no tendremos
nada que hacer.

—No te preocupes repollito. No te
preocupes, que habrá muchas nue-
vas enfermedades entonces.

—Pero de dónde vendrán?—me pre-
guntó desolada.

—En meteoros, le dije.

Y ya pacificada, retornó a mi seno.

Las clases comenzaron la mañana
siguiente. A primera vista, el labora-
torio de química me llenó de presagios.
Era tan triste y científico, y yo tan
poco triste y tan poco científico. Tem-
blé al ver las filas y filas de altas
mesas de trabajo, todas llenas de co-
pas, frascos, redomas, tubos de ensa-
yo y mecheros de Bunsen. Si no hu-
blera sido por el reconfortante espe-
táculo de María en la mesa siguiente,
que aun con su delantal de hule se
las arreglaba para gustarme, habría
caído fulminado inmediatamente.

En cuanto la clase estuvo reunida,
dos hombres en bata blanca entraron.
Uno alto y de aspecto excéntrico. El
otro era bajo y de aspecto excéntrico.
El alto se dirigió al atril que había
frente a la clase. El bajo se sentó a
su lado.

—Esta clase se llama Fundamentos
de Química—anunció el alto.—Yo soy
el Profesor Fitzhugh. Y éste—y se-
ñaló al bajo—es el Profesor Obispo. Yo
doyo la clase y el Profesor Obispo su-
pervisa el trabajo de laboratorio.

—Todos ustedes son novatos—conti-
nuó el Profesor Fitzhugh—y tal vez
no conozcan la expresión "curso tubo".
Un curso tubo es aquel en que los es-
tudiantes pueden pasar el año sin mu-
cho trabajo. Este NO es un curso tubo.
Nunca habrán ustedes trabajado más
duro en sus vidas que lo que van a
trabajar aquí. Si alguno anda buscando
cosas fáciles, mi consejo es que se
vaya ya.

Yo miré con tristeza hacia la puerta.

—Este curso—dijo el Profesor FITZ-
HUGH—está basado en la idiota premi-
sa de que ustedes pueden aprender
los fundamentos de la química orgá-
nica, la química inorgánica, el análisis
cualitativo, el análisis cuantitativo, la
físico-química, y la bioquímica, en un
semestre. Las probabilidades de que
ustedes no aprueben el curso, daría
vértigo el calcularlas, si hubiera tiempo
de hacerlo. Pero no lo hay. Saquen
sus cuadernos de notas.

Creo yo que estaba quejándome en
alta voz, porque varios estudiantes
se volvieron a mirarme. En qué me
había metido? Sólo un fracaso necesi-
taba yo para terminar en la panadería,
y ya estaba enfrentado con uno.

Recogí mis libros. Me iba, aunque
ello significara perder a María. Pero
la miré, sentada en el pupitre inme-
diato, con su lápiz colocada sobre su
libreta, la cara sonrojada, sus ojos
brillantes, la punta de su bella lengua
rosada colocada a un lado de su boca,
como señal de concentración, y mis
huesos se hicieron agua. No podía de-
jarla. No podía. Y con un magno sus-
piro, me preparé para tomar notas.

Durante una hora, el Profesor Fitz-
hugh, hablando más rápido que un
locutor deportivo, disertó sobre la ma-
teria, los elementos, las mezclas, los
compuestos, los reagentes, la tabla pe-
riódica, los pesos atómicos, la ioniza-
ción, las valencias, y otros temas in-
verosímiles. Al terminar la hora, yo
tenía diecinueve páginas de notas, to-
das legibles.

Después de la clase, en la Farmacia,
María brillaba de alegría.

—Pierre, no es maravilloso?—bro-
tó.—Todo ese trabajo, trabajo, traba-
jo. Y más por venir. Ah, la vida del
químico es una vida ocupada.

—Sí, murmuré, jugando despectiva-
mente con mi "Frappé de Novato",
(sorbete de limón, granadina y carne-
ro).

Noté mi descontento.

—Claro, que al principio puede pa-
recer un poco aburrido—dijo con sim-
patía hacia mí.—Quiero decir, que li-
mitarse a tomar notas, no es muy in-
teresante. Pero espera a que comen-

San Miguel



Se ven desde las barandas,
por el monte, monte, monte,
mulos y sombras de mulos
cargados de girasoles.

Sus ojos en las umbras
se empañan de inmensa noche.
En los recodos del aire
cruje la aurora salobre.

Un cielo de mulos blancos
cierra sus ojos de azogue
dando a la quieta penumbra
un final de corazones.
Y el agua se pone fría
para que nadie la toque.
Agua loca y descubierta
por el monte, monte, monte.

San Miguel, lleno de encajes
en la alcaoba de su torre,
enseña sus bellos muslos
ceñidos por los faroles.
Arcángel domesticado
en el gesto de las doce,
finge una cólera dulce
de plumas y ruseñores.
San Miguel canta en los vidrios;

efebó de tres mil noches,
fragante de agua colonia
y lejano de las flores.

El mar baila por la playa
un poema de balcones.
Las orillas de la luna
pierden juncos, ganan voces.

Vienen manolas comiendo
semillas de girasoles,
los culos grandes y ocultos
como planetas de cobre.

Viene altos caballeros
y damas de triste porte,
morenas por la nostalgia
de un ayer de ruseñores.

Y el obispo de Manila
ciego de azafrán y Dobra,
dice misa con dos files
para mujeres y hombres.

San Miguel se estaba inquieto
en la alcaoba de su torre,
con las enaguas cuajadas
de espejitos y entredoses.

San Miguel, rey de los globos
y de los números nones,
en el primor berberisco
de gritos y miradores.

Federico García Lorca

teresante. Pero espera a que comen-
cemos a trabajar en el laboratorio.

Sus ojos se pusieron soñadores.
—Mezclar cosas en los tubos de en-
sayo, y quemar cosas y derramar co-
sas... Ay!, gritó, en un transporte de
deleicia.

El trabajo de laboratorio comenzó a
la semana siguiente. Primero, el Pro-
fesor Fitzhugh explicó el experimento.
Cada uno de nosotros, debía poner
tres gramos de Oxido de Mercurio en
un tubo de ensayo, conectarlo a una
cubeta de agua por un codo de cristal
y calentar el óxido de mercurio
con un mechero de Bunsen, hasta que
de la cubeta subieran burbujas hacia
una botella de gas colocada encima.
El gas que saliera, dijo Fitzhugh, se-
ría oxígeno.

—Procuren que las burbujas no su-
ban muy ligero—nos advirtió.

Comenzamos a trabajar, mientras
Obispo, el asistente, paseaba entre
nosotros.

—Cuidado con las burbujas,—segua
advertiéndonos.

Debo confesar que me estaba gusta-
ndo el experimento, pero mi placer
no era nada comparado con el de
María. Estaba fuera de sí.

—Mira, mira, Mira!—gritó cuando
el óxido de mercurio comenzó a cam-
biar de color.—Burbujas!—se estremeció
cuando comenzaron a brotar en
su cubeta.—Mira qué ligero vienen!
Oh, Pierre, no es una ma-ra-vi-la?
Mira, mira, mira, vienen más ligero.
Y más ligero! Y más li...

Su última observación la interrumpió
la explosión de la botella, que
lanzó un chorro de agua y pedazos
de vidrio contra el techo, a tres me-
tros de altura.

Obispo apareció detrás de María,
con una expresión de gran dolor en su
faz.

Muchachita—dijo—tal vez Ud. de-
bería estudiar Economía Doméstica.
Las salsas no hacen daño.

María se refrenó y no dijo nada.
Después de la clase, sin embargo, me
confesó que Obispo le parecía medio
loco.

Su opinión sobre Obispo, siguió des-
cendiendo en las semanas siguientes,
conforme él se refirió a la destruc-
ción de varios tubos, retortas, vasos,
cubetas, embudos, pipetas, morteros,
condensadores de Liebig y frascos de
Erlenmeyer. El problema de María era
doble. Primero, tenía una notable fal-
ta de habilidad manual. Segundo, y
más importante, el espectáculo de los
compuestos químicos cambiando de
color, y de los fluidos burbujeando,
la hacía perder el sentido. Se volvía
impotente de la pura delicia. Se pa-
raba transfigurada, suspirando con los
labios de

do del vidrio que se quebraba la sa-
caba de su trance. Las cosas lle-
garon a un extremo tal, que los es-
tudiantes vecinos cambiaron de mesa,
excepto yo, por supuesto. Así era la
grandeza de mi amor.

desde el sarcasmo pesado, a la pre-
ocupación genuina, hasta la ira ne-
gra. El día que María quebró seis
jarros, seis pipetas y un frasco de
Florenzia, en un solo experimento de
fabricación de clorina, estuvo al borde
de la apoplejía. Incluso la llamó
asesina.

A mí me gustaba el curso que to-
maban las cosas. Sabía que si seguía
rompiendo cosas con ese ritmo—yo
había razón para suponer que no sí-
guera—su afición por la química ter-
minaría pronto.

Las explosiones de Mr. Obispo le
tenían más que desesperada, y yo
sabía que el final estaba próximo.
O, si ello no ocurría, su padre ter-
minaría por enfriarle el entusiasmo
por la química. María le pedía dinero
y más dinero para pagar las cosas
que quebraba, y el viejo se estaba
poniendo livido.

En todo caso, su entusiasmo con la
química no podía durar mucho, y
nadie estaría más feliz que yo cuando
el final llegara. La combinación
de experimentos de Mr. Obispo con
lecciones del Profesor Fitzhugh, me
estaba ya avejentando. El Profesor
Fitzhugh no había exagerado cuando
nos dijera que nunca habríamos tra-
bajado más duro en nuestras vidas.

El gran día llegó por fin a medi-
dos del semestre. María quebró una
damajuana.

Nadie, en la historia de la Univer-
sidad, había quebrado nunca una da-
majuana. Hasta en las fábricas de De-
pont, donde según entiendo se mane-
jan miles de damajuanas diariamente,
tal cosa es un suceso poco co-
mún. No es fácil quebrar una dama-
juana. Son tan altas como el pecho
de un hombre, y el cristal de que
están hechas es como acero. Pero
María lo logró.

Obispo se puso blanco, después rojo,
después púrpura y después blanco
otra vez. Saltó sobre una pierna:
después sobre la otra; después sobre
ambas. Por más de cinco minutos,
sólo sonidos estrangulados salieron de
su laringe. Por fin encontró su len-
gua, y con ella pronunció un discurs-
so sobre la ineptitud de María para la
química, para los estudios en general,
y para la raza humana como conjun-
to. A la larga, terminó por desma-
yarse en un rincón, con movimientos
convulsivos.

María estaba completamente des-
hecha, y me la llevé a Smooch Hill
para consolarme. Lloró por un rato

mientras yo la palmoteaba con simpatía en los homoplatos. De pronto reaccionó:

—Pierre, dijo, desviando sus ojos de los míos, me vas a odiar por esto.

—No podría odiarte—le dije sin mentir, y le di un apretón.

—Te he traicionado—dijo tristemente.—tú querías que fuéramos una pareja de grandes químicos, pero yo no puedo, Pierre. He terminado con la química. Tendrás que seguir adelante solo.

—No—dije firmemente.—Buscaremos algo que podamos hacer juntos.

—No puedo permitirte, Pierre. Yo sé lo que para ti significa ser un químico.

—No tendría objeto sin ti.

—Pero podrías tú ser feliz en otra cosa?

—Mi felicidad—dije en voz baja y tierna—eres tú.

—Y abandonarías la química por mí?

—Sí, me limité a decir.

Cayó en mis brazos.

—Oh, Pierre—lloró.

La consentí por un rato largo, y luego coloqué mi trampa. Fué como quitarle un dulce a un niño. Fué como disparar sobre un pez de pecera. Nadie se convirtió al hedonismo con más facilidad que María.

La verdad es que manifestó su deseo de hacerse una hedonista total desde el primer momento. Se declaró partidaria de abandonar todo lo que no nos gustara—específicamente, la química—y de lanzarnos sin demora a la búsqueda del total placer. Pero yo, pensando en la panadería de mi padre, la persuadí de que completáramos el semestre en química.

El próximo semestre—le dije—escogeremos "cursos tubos" que no interfieran nuestro hedonismo. Pero por ahora, hemos de continuar con la química. Por supuesto, no tendremos que ir a clase tan a menudo como hasta ahora. Podemos escaparnos de cuando en cuando.

Y de verdad, mi propósito era que nos escapáramos en contadas ocasiones. Pero una vez que comenzamos a hedonizar, cada vez se hacía más inconveniente el asistir a clases. Al poco tiempo, ya no estábamos escapándonos de cuando en cuando, sino asistiendo de cuando en cuando.

A veces me preocupaba aquello. Me veía fracasado en química, sacado de Universidad, y varado en la panadería de mi padre. Pero este pensamiento inquietante no me asaltaba a menudo. Las alegrías del hedonismo borraban los pensamientos desagradables. Había muchas delicias en qué pensar.

La primera delicia, fué que ya no tuvimos que llamarnos María y Pierre.

Esto fué una dicha porque ya no habíamos olvidado de nuestros nombres. Ya no tenía que buscar una tarjeta en mi cartera cada vez que alguien me preguntaba mi nombre. Y para ella era peor, porque no usaba cartera.

Ahora, correctamente identificados como Elena Frith y Dobie Gillos, nos embarcamos en un agotadoramente agradable programa de cine, baile, esquí, patines, toboganes y actividades conexas. Relamos y jugábamos todo el día; gritábamos y corriamos; saltábamos y travesábamos; brincábamos y girábamos; bebimos los tragos más impetuosos que la vida ofrece.

Un viernes por la mañana—había escarcha y estaba demasiado frío para ir al campo—decidimos ir a clase. Mr. Obispo nos recibió con elaborada cortesía:

—Me alegro de verlos después de tanto tiempo.

—Y nosotros de estar aquí—contesté cortemente.

—Para que es esta botella?—preguntó Elena señalando una botella marrón fuertemente encorchada que estaba sobre su mesa y tenía una etiqueta que decía SOLUCION K. En la mía había otra similar que decía SOLUCION L.

—Durante vuestra larga ausencia—dijo, Mr. Obispo suavemente—cada alumno ha recibido una solución, no identificada; cada uno debe analizarla y presentar un informe sobre su contenido.

—Y cómo se analiza una solución?—pregunté en honesta ignorancia.

—El Profesor Fitzhugh explicó el proceso con algún detalle cuando ustedes no estaban—replicó, sonriendo aun.

—Y cuándo debemos entregar nuestro informe?—preguntó Elena nerviosamente.

samente.

Mr. Obispo sonrió todavía más.

—El lunes a primera hora.

Palidecimos. Era ya viernes, y los informes deberían estar el lunes en la mañana. Eso significa que tenemos sólo dos sesiones para hacer nuestros análisis. La de hoy y la del sábado. Y no tenemos ni la más vaga idea de cómo se hacía un análisis.

—Dígame—dije con un temblor frenético—y cuánto se tarda en analizar esta cosa?

Mr. Obispo estaba radiante.

—Eso depende del dominio que se tenga de la técnica. La mayoría de los estudiantes han estado trabajando en sus análisis por dos semana. Por supuesto, puede hacerse en menos tiempo... digamos diez días, o hasta ocho si el estudiante es excepcionalmente dotado.

—Supongo—dije con un graznido seco—que el que no presente a tiempo el informe pierde el curso...

—Así es—contestó alegremente.—Bueno, debo irme, no quiero interrumpirles más su labor.

Comenzó a salir y de pronto se volvió.

—Ah, a propósito, en caso de que se les haya ocurrido la idea de copiar el informe de otro, me parece que debo advertirles que cada estudiante tiene una solución diferente.

Y con un saludo alegre, se fué.

—Oh, Dobie, qué vamos a hacer?—gimió Elena.

—Lo importante es no perder la cabeza—dije, aunque no sabía qué iba a hacer con la mía aunque no la perdiera porque no contenía ni una jota de información sobre análisis químico.

—Cómo vas a averiguar qué es esto?—lloró Elena con angustia.

—Alguien nos prestará las notas que ha tomado—dije.—Pideselas tú a los muchachos de aquel otro lado, y yo se las voy a pedir a los del otro.

Rápidamente recorrimos la clase, con la esperanza de que alguien nos prestaría sus notas. Pero fué inútil. Todo el mundo estaba trabajando con su solución, y necesitaba las notas. Volvimos a nuestras mesas, y nos quedamos allí, perdidos, mirando tristemente nuestras soluciones, hasta que sonó la campana. Mr. Obispo nos miraba con una sonrisa de delicia de cuando en cuando.

Después de la clase fuimos a "Kozy Kampus Korner" y examinamos nuestro problema en todos sus aspectos. Después de varias horas inútiles, se me ocurrió finalmente una solución. Era una solución desesperada, pero desesperado era también nuestro problema.

—Escucha, Elena—dije.—Mañana es sábado. La clase de química termina a mediodía. No hay clases en la tarde. Tampoco las hay el domingo. El edificio de química está trancado desde el sábado a mediodía hasta el lunes por la mañana.

—Y qué?

—Que al terminar mañana la clase matutina, pediremos prestadas las notas de alguien. Todos habrán terminado mañana su análisis, de modo que no habrá dificultad en conseguirlos. Entonces, cuando todos salgan, tú y yo nos vamos a esconder en el armario de las escobas, y cerraremos la puerta. Si tú recuerdas, hay un armario de escobas en el pasillo frente a mi pupitre.

—Y qué haremos entre el armario?

—Estar escondidos hasta que Obispo, Fitzhugh y el portero y todo el mundo se haya ido. Entonces saldremos, a trabajar en el análisis. Trabajaremos seguido hasta el lunes por la mañana. Traeremos focos para trabajar también por la noche.

—Y por qué no encender las luces?

—Porque podrían verlas, hay una regla muy estricta en la Universidad que prohíbe que los estudiantes se queden en las aulas después de las horas de clase sin chaperón—especialmente cuando son de distinto sexo.

Elena sonrió de pronto.

—Sabes una cosa? Esto me suena a muy emocionante. Quiero decir, con peligro y aventura e intriga y todo lo demás. Te apuesto a que nos vamos a divertir.

—Seguro—le dije. No se me había ocurrido que fuera una diversión, pero ya le estaba viendo las posibilidades. Te voy a decir una cosa: traigamos unos sandwiches y convirtámoles en un picnic.

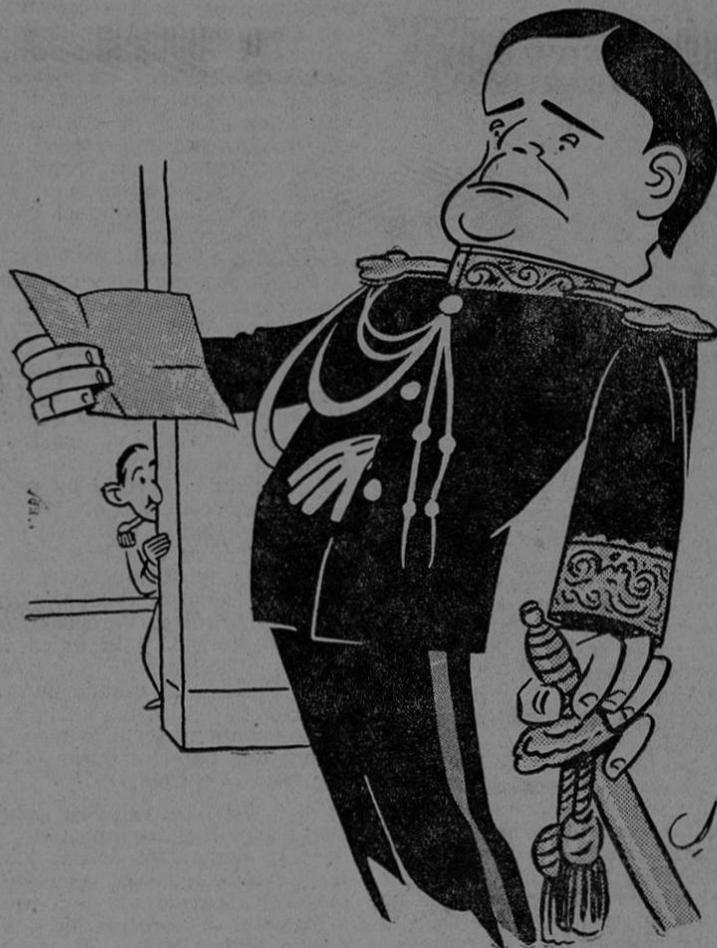
—Y encurtidos también—agregó Elena;—me encantan los encurtidos.

—Está bien. Que uno traiga los sandwiches y que el otro traiga los

Anecdótico Nacional

por CARLOS FERNÁNDEZ MORA

Dibujos de Noé Solano V.



E N el gobierno de los Hermanos Tinoco Granados, el Cholo Obregón escribía furibundos artículos atacando los males de ese gobierno.

La pluma del Cholo, fuerte y mordaz, vibraba de contento cuando se deslizaba por las cuartillas que iban a parar después a manos de los cajistas de "La Verdad".

Acosado y perseguido por el gobierno, el periodista Obregón de-

cidó marchar a Nicaragua, a enrolarse en las filas de la revolución.

Un día apareció en el "Boletín Judicial" un edicto emplazatorio contra el Cholo. Un amigo suyo se lo remitió a Nicaragua, y desde allá, el Cholo Obregón le dirigió al General Tinoco un telegrama concebido en éstos o parecidos términos:

—"General: no podré estar en el novenario, pero estaré con mucho gusto EN EL CABO DE AÑO".

encurtidos.

Ahora revisemos nuestros planes cuidadosamente para que no haya dificultad.

No hubo dificultad. A la mañana siguiente, poco antes de terminar la lección, nos acercamos a una pareja de estudiantes y les pedimos sus notas, que nos prestaron sin discusión. Cuando sonó la campana y los demás comenzaron a salir, recogimos nuestras cosas y nos metimos en el armario de las escobas. Sin que nos vieran, cerramos la puerta, y allí nos apretujamos, mejilla con mejilla, en la oscuridad.

Oímos a Fitzhugh y a Obispo haciendo preparativos para irse.

—Oye Obispo,—decía Fitzhugh—tal vez deberíamos quedarnos y preparar ese Sulfato de Potasio para el experimento del lunes. No nos tomará más de un par de horas.

Mi corazón se hundió. En nuestra situación, la asfixia no era improbable.

—Yo no puedo—replicó Obispo en medio de mi alivio.—Le prometí a mi mujer llevarla por la tarde a ver unos vestidos.

—Y cómo puede tu mujer comprar vestidos con tu sueldo?—preguntó Fitzhugh.

—No puede, contestó Obispo.—La voy a llevar a verlos, que es lo que le gusta.

—Tenemos que tener listo ese potasio el lunes antes de clases—dijo el Profesor Fitzhugh.

—Podemos venir el lunes temprano

y hacerlo—dijo Obispo.

El Profesor Fitzhugh accedió y se fueron. Nos quedamos en el armario otra media hora mientras el portero limpiaba el laboratorio. Sólo cuando oímos sus pasos bajando la escalera, y el sonido de la puerta exterior, decidimos salir.

—Un poco asustante, no?—dijo Elena. Y en verdad, el laboratorio vacío parecía cosa siniestra.

—No lo notaremos cuando empece a trabajar—le aseguré.

—Comamos antes, Dobie, tengo hambre.

—Está bien.

Abrí una bolsa y saqué un frasco.

—Aquí están los encurtidos—dije.

Abrí la boca.

—Trajiste encurtidos?—preguntó con la voz estrangulada.

—Claro. ¿Qué tiene?

Abrió entonces su bolsa y sacó un frasco.

—Yo también traje encurtidos.

—Y los sandwiches?—pregunté con desmayo.

—Yo creí que tú los ibas a traer.

—Y yo creí que serías tú.

—Está bien—dijo valientemente.—Yo adoro los encurtidos.

—Yo también,—dije con una sonrisa casi enferma.

Nos sentamos y comimos hasta que la boca nos ardió, y comenzamos a trabajar. Leímos las notas. Elena se confesó francamente asombrada. Yo también lo estaba, aunque para no preocuparla, no lo admití.

EL TICO Y SU TIERRA

por WILLIAM VOGT

(Adaptación del Lic. Edgardo Salazar y el Prof. Carlos Luis Valle. — Dibujos de Walter R. Valenciano. y Hugo Díaz)

MÁS SOBRE LOS RECURSOS RENOVABLES Y EXTRACTIVOS

VI



L carbón es un recurso estratégico de gran importancia especialmente para una nación industrial; si Costa Rica tuviese minas de carbón podría industrializarse y proporcionar trabajo a millares de personas.

El carbón de piedra también se formó debajo de la superficie de la tierra hace millones de años, como el petróleo, pero en vez de haber sido formado de peces muertos u otros animales, fué formado de plantas que crecen en selvas calientes. Este es otro recurso que el hombre no puede reemplazar; si una tonelada de carbón de piedra es extraída de la tierra desaparece para siempre. Cuando la última tonelada de carbón haya sido extraída, sencillamente no habrá más.

El oro ha sido uno de los recursos extractivos importante en Costa Rica; el metal por sí mismo no tiene muchas aplicaciones, ya que sin petróleo, sin carbón y sin hierro la vida no podría continuar en el mundo moderno, aunque no importaría gran cosa que todo el oro fuera destruido. El principal valor del oro, como el de la plata, es en forma de moneda; y en cual quier momento este valor puede decrecer tanto, que el oro y la plata perderían la mayor parte del valor que ellos tienen. Esto hubiera sucedido indudablemente en los Estados Unidos hace mucho tiempo si dicha nación no hubiese continuado comprando oro y plata para los cuales no tenían empleo y que son sencillamente enterrados de nuevo en la tierra.

Existen muchos otros recursos

extractivos, tales como el azufre para hacer pólvora, que algunos campesinos extraen de los volcanes; la cal, el manganeso, etc., pero no son tan importantes como los antes mencionados. Esto no significa por supuesto, que no sean importantes; han contribuido enormemente a la riqueza del país pero deberían ser usados cuidadosamente y no desperdiciarse.

No pueden ser reemplazados. Cuando hayan sido agotados, ya no habrá más. Si un hombre pierde la vista por enfermedad o por otro accidente, nunca puede recobrarla. Cuando el mundo pierda su suelo y otros recursos extractivos, los perderá para siempre, como el ciego perdió su vista.

Puede parecer esto un cuadro sombrío del mundo; el hombre agota las cosas que necesita y no hay esperanza de reponerlas. Es un triste cuadro, pues hasta cierto punto el hombre está agotando la tierra. Nadie sabe lo que hará cuando hayan sido destruidos los recursos extractivos; pero esto sí lo sabemos: la Ciencia ha resuelto muchos problemas que parecían insolubles. Con el tiempo la Ciencia, que ya los está buscando, podrá hallar sustitutos para recursos tales como el carbón, el hierro y el petróleo. Pero la ciencia necesita tiempo, y la única manera que tenemos de dar tiempo a las Ciencias es usando nuestros recursos naturales tan sabia y cuidadosamente como podamos. Tenemos que hacerlos durar el mayor tiempo posible.

Sin embargo, es inconcebible que pueda hallarse un sustituto para la tierra. No debemos agotarla jamás, a menos que queramos ver destruidos por completo a los hijos de nuestros hijos, a la nación costarricense. No hay nada más importante para un ciudadano costarricense que quiera hacer algo por su patria, que proteger su suelo, porque sin suelo Costa Rica está condenada a desaparecer.

El suelo, como he dicho, es un recurso extractivo; empero, difiere de los otros recursos extractivos en un aspecto muy importante: si lo usamos debidamente podemos seguir usándolo mucho tiempo, quizá para siempre, sin destruirlo. No es como el petró-

mo un encurtido, y procedimos con la segunda parte del análisis: probar los metales del grupo hidrógeno-sulfuro. Este era un proceso que constituía de veinte pasos endemoniadamente complicados. Cuando terminé, sabía que en la solución había nitrato de antimonio, y ya estaba amaneciendo.

Si hay algo que descorazone a un hombre, es desayunarse con encurtidos. Pero no había caso. Superando la fatiga, el dolor de cabeza y las náuseas, seguí adelante con el análisis. Ya estaba perfeccionándome, y sólo necesité tres horas para descubrir que el tercer ingrediente era nitrato de zinc.

Hasta el anochecer, me pasé haciendo ensayos en la solución de Elena, ninguno de los cuales produjo nada.

—He terminado—dije cansado.—Tu solución contiene nitrato de plomo, nitrato de antimonio y nitrato de zinc.

—Oh, Doble, eres maravilloso—suspiró. Toma otro encurtido.

—No tengo hambre—salté. Vamos, que tengo que comenzar con la solución mía.

—No podrías descansar un minuto antes?—preguntó.—Sólo un sueñecito antes de seguir? Estoy deshecha.

Yo también lo estaba.

—Está bien—asentí.—Nos sentaremos y pondremos la cabeza en la mesa por un par de minutos.

De modo que nos sentamos y nos pusimos las cabezas en la mesa por un par de minutos. Y cuando me di cuenta, ya la luz de la aurora se filtraba por las persianas.



leo, que cuando se ha causado un barril se ha gastado para siempre. Pero una manzana de terreno puede cultivarse una y otra vez por cientos y quizás miles de años, si se usa correctamente.

No hay nada que tenga mayor influencia en la vida del pueblo de Costa Rica que su suelo.

Además de los recursos extractivos están los recursos renovables; o sean las riquezas de la tierra que el hombre puede usar repetidas veces. Si las usa con prudencia, de acuerdo con las leyes naturales que las rigen, jamás se agotarán; siglo tras siglo alimentarán, abrigarán y enriquecerán al hombre.

Esto es algo así como la gallina, que fué traída a Costa Rica por los españoles. Durante más de 400 años ha estado poniendo huevos para el pueblo de Costa Rica. Por más de 400 años ha si-

do una de las fuentes principales de carne para la alimentación.

Podemos esperar que la gallina continúe poniendo huevos para nosotros, dándonos sopa y arroz con pollo. Es uno de los recursos más útiles y a ningún precio permitiría los ticos que se lo quiten, al menos mientras puedan manejar un rifle o un machete.

Los recursos renovables de Costa Rica se parecen mucho a la gallina; si nos preocupamos de que tengan el agua y el alimento que necesitan (porque las gallinas no pueden vivir sin agua y sin alimento), si nos preocupamos de que bastantes de ellas crezcan y tengan pollitos, continuarán sirviéndonos por siglos y siglos. Al igual que con las gallinas, tenemos que respetar los principios esenciales de los recursos renovables, si queremos servirnos de ellos por tiempo indefinido.

—Eso es, claro—dijo el Profesor Obispo.—Pero de dónde viene.

—Vamos, Obispo, alistemos el potasio—dijo Fitzhugh impacientemente.—no tenemos mucho tiempo.

Los oímos cuando se iban. Abrace a Elena con exaltación. Con gran dificultad reprimí un grito de alegría. Ahora, en mi hora negra, un destino bondadoso me había socorrido. C2H402 en una solución al cinco por ciento! Ya sabía lo que contenía mi botella! Aprobaría la química! Ya no tendría que irme a trabajar en la panadería de mi padre!

Esta narración la escribo en la panadería de mi padre. Aquí trabajo ahora. Ya no estoy en la Universidad. Tal vez el año entrante regrese. Así lo espero. Elena prometió esperarme.

La razón por la cual no estoy en la Universidad, es que me reprobaron en química. Elena sí fué aprobada. Nos quedamos escondidos en el armario aquella mañana hasta que los demás estudiantes comenzaron a entrar en el laboratorio. Entonces nos salimos y nos colocamos en nuestras mesas. Nadie nos vió; nadie sospechó que habíamos pasado el fin de semana en el laboratorio. Rápidamente escribimos nuestro reporte sobre el contenido de las soluciones, y los entregamos cuando el resto de la clase lo hizo. El reporte de Elena estaba correcto. El mío no. C2H402 en una solución al cinco por ciento, no era lo que contenía mi botella. Creo que nunca sabré lo que contenía mi botella, pero sé lo que es C2H402 en una solución al cinco por ciento. Es vinagre. Lo que Fitzhugh y Obispo allanaron, fueron los encurtidos.

—En cuanto comencemos le cogemos el hilo—seguí diciendo.

—Bien, comencemos entonces.—Y alcanzó un tubo de ensayo.

Yo puse una mano sobre su brazo.

—Elena—dije lo más suavemente que pude.—No quiero ofenderte, pero creo que es mejor que yo haga el trabajo de laboratorio. Tú sabes como te pones cuando trabajas con productos químicos. No podemos arriesgarnos a producir explosiones. Podría llegar gente.

—Está bien—dijo ella protestando un poquito.

Primeramente haré tu solución, y después la mía. Tú me leerás las notas mientras yo trabajo.

Tomó el cuaderno de notas y comenzó a leer:

—Para probar los metales del grupo hidrógeno-clórico-ácido, agréguese ácido hidróclórico diluido, y muévase constantemente hasta que deje de formarse un precipitado. Déjese asentar el precipitado, y agréguese unas gotas más de ácido para asegurar que la precipitación sea completa. Decantese el líquido superior por un filtro, lávese dos veces el residuo por decantación y finalmente transférase al filtro.

Trátese el residuo con 50cc. de agua hirviendo. Agréguese NH4OH y déjese reposar por lo menos por cinco minutos. Remuévase la abrazadera y recójase el filtrado en un pichel.

Después de algunos fracasos—unos docientos—completé esta parte del análisis y descubrí que uno de los ingredientes de la solución de Elena era Nitrato de Plomo. Era un poco más de las seis de la tarde, y ya había poca luz. Bajamos las persianas, encendimos nuestros focos, nos comi-

LA HISTORIA DE MI MADRE

Por Domingo Faustino Sarmiento



los setenta y seis años de edad, mi madre ha atravesado la cordillera de los Andes, para despedirse de su hijo, antes de descender a la tumba! Esto sólo bastaría a dar una idea de la energía moral de su carácter. Cada familia es un poema, ha dicho Lamartine, y el de la mía es triste, luminoso y útil, como aquellos lejanos faroles de papel de las aldeas, que con su apagada luz enseñan, sin embargo, el camino a los que vagan por los campos. Mi madre, en su avanzada edad, conserva apenas rastros de una beldad severa y modesta. Su estatura elevada, sus formas acentuadas y huesosas, apareciendo muy marcados en su fisonomía los juanetes, señal de decisión y de energía, he aquí todo lo que de su exterior merece citarse, si no es su frente llena de desigualdades protuberantes, como es raro en su sexo.

Sabía leer y escribir en su juventud, habiendo perdido por el desuso esta última facultad cuando era anciana. Su inteligencia es poco cultivada o más bien destituida de todo ornato, si bien tan clara que en una clase de gramática que yo hacía a mis hermanas, ella de sólo escuchar, mientras por la noche escarmentaba su vellón de lana, resolvía todas las dificultades que a sus hijas dejaban paradas, dando las definiciones de nombres y verbos, los tiempos, y más tarde los accidentes de la oración, con una sagacidad y exactitud raras.

Aparte de esto, su alma, su conciencia, estaban educadas con una elevación que la más alta ciencia no podría por sí sola producir jamás. Yo he podido estudiar esta rara beldad moral, viéndola obrar en circunstancias tan difíciles, tan reiteradas y diversas, sin desmentirse nunca, sin flaquear ni contemporar, en circunstancias que para otros habría santificado las concesiones hechas a la vida...

—|o|—

La posición social de mi madre estaba tristemente marcada por la menguada herencia que había alcanzado hasta ella. Don Cornelio Albarracín, poseedor de la mitad del valle de Zonda y de tropas de carretas y de mulas, dejó después de doce años de cama, la pobreza para repartirse entre quinientos hijos y algunos solares de terrenos despoblados. En 1801 doña Paula Albarracín, su hija, joven de veintitrés años, emprendía una obra superior, no tanto a las fuerzas cuanto a la concepción de una niña soltera. Había habido el año anterior una grande escasez de anascotes, género de mucho consumo para el hábito de las diversas órdenes religiosas, y del producto de sus tejidos reunió mi madre una pequeña suma de dinero. Con ella y dos esclavos de sus tías Irrazabales, echó los cimientos de la casa que debía ocupar en el mundo al formar una nueva familia. Como aquellos materiales eran pocos para obra tan costosa, debajo de una de las higueras que había heredado en su sitio, estableció su telar, y desde allí yendo y viniendo la lanzadera, asistía a los peones y maestros que edificaban la casita, y el sábado, vendida la tela hecha en la semana, pagaba a los

artifices con el fruto de su trabajo. En aquellos tiempos una mujer industriosa, y lo eran todas y aún aquellas nacidas y criadas en la opulencia, podía contar consigo misma para subvenir a sus necesidades. El comercio no había avanzado sus facturas hasta lo interior de las tierras de América, ni la fabricación europea había abaratado tanto la producción como hoy. Valía entonces la vara de lienzos crudos hechizos, ocho reales los de primera calidad, cinco los ordinarios, y cuatro reales la vara de anascote dando el hilo. Tejía mi madre doce varas por semana, que era el corte de hábito de un fraile y recibía seis pesos el sábado, no sin trasnochar un poco para llenar las canillas de hilo que debía desocupar al día siguiente.

Las industrias manuales poseídas por mi madre, son tantas y tan variadas, que su enumeración fatigaría la memoria con nombres que hoy no tienen ya significado. Hacía de seda suspensores, pañuelos de mano de lana de vicu-



S A R M I E N T O

ña para mandar de obsequio a España, a algunos curiosos, y corbatas y ponchos de aquella misma lana suavísima. A estas fabricaciones de telas se añadían añados para albas, randas, miñiques, mallas y una multitud de labores de hilo que se empleaban en el ornato de las mujeres y de los paños sagrados. El punto de calceta en todas sus variedades y el arte difícil de teñir, poseyó mi madre a tal punto de perfección, que en estos últimos tiempos se la consultaba sobre los medios de cambiar un paño grana en azul, o de producir cualquiera de los medios tintes oscuros del gusto europeo, desempeñándose con tan certera práctica, como la del pintor que tomando de su paleta a la ventura colores primitivos, produce una media tinta igual a la que muestra el modelo. La reputación de omnisciencia industrial la ha conservado mi familia hasta mis días, y el hábito del trabajo manual es en mi madre parte integrante de su existencia. En 1842, en Aconcagua, la oímos exclamar: ¡esta vez es la primera de mi vida que me estoy mano sobre mano!, y a los setenta y seis años de su edad, es preciso para que no caiga en el marasmo, inventarle quehaceres al alcance de

su fatigada vista, no excluyéndose de entre ellos labores curiosas de mano de que hace aún adornos para enaguas y otras superfluidades.

—|o|—

Por aquella mala suerte de mi padre y falta de plan seguido en sus acciones, el sostén de la familia recayó desde los principios del matrimonio sobre los hombros de mi madre, concurriendo mi padre solamente en las épocas de trabajo fructuoso con accidentales auxilios; y bajo la presión de la necesidad en que nos criamos, vi lucir aquella ecuanimidad espiritual de la pobre mujer, aquella resignación armada de todos los medios industriales que poseía, y aquella confianza en la Providencia, que era sólo el último recurso de su alma enérgica contra el desaliento y la desesperación. Sobrevenían inviernos que ya el otoño presagiaba amenazadores por la escasa provisión de miniestras y frutas secas que encerraba la despensa, y aquel piloto de la desmantelada nave se aprestaba con solemne tranquilidad a hacer frente a la borrasca. Llegaba el día de la destitución de todo recurso, y su alma se endurecía por la resignación, por el trabajo asiduo, contra aquella prueba. Tenía parientes ricos, los curas de dos parroquias eran sus hermanos, y estos hermanos ignoraban sus angustias. Había sido derogar a la santidad de la pobreza combatida por el trabajo, mitigarla por la intervención ajena; habría sido para ella pedir cuartel en estos combates a muerte con su mala estrella. La fiesta de San Pedro fué siempre acompañada de un espléndido banquete que daba el cura, nuestro tío, y sábase el derecho y el deseo de los niños de la familia a hacer parte de la estrepitosa fiesta. No pocas veces el cura preguntaba: ¿y Domingo que no lo veo? ¿Y la Paula?... y hasta hoy sospechaba que esta dolorosa ausencia era ordenada e hija de un plan de conducta de parte de mi madre. Tuvo mi madre una amiga de infancia de quien la separó la muerte a la edad de 60 años, doña Francisca Benegas, última de este apellido en San Juan, y descendiente de las familias conquistadoras, según veo en el interrogatorio de Mallea. Una circunstancia singular revelaría, sin eso, la antigüedad de aquella familia, que, establecida en los suburbios, conservaba peculiaridades del idioma antiguo. Decían ella y sus hijas, "cogedlo", "tomadlo", "truje", "ansina" y otros vocablos que pertenecen al siglo XVIII, y para el vulgo prestaban asidero a la crítica.

Visitábanse ambas amigas, con sagrado un día entero a la delicia de confundir sus familias en una, uniendo a las niñas de una y otra la misma amistad.

Poseía cuantiosos bienes de fortuna doña Francisca y el día que mi madre iba a pasarlo con ella, su criada pasaba a la cocina a disponer todas las provisiones de boca que debían consumirse en el día, sin que la protesta de veinte años contra esta práctica, de mi madre, hubiese alterado jamás en lo más mínimo su firme e inalterable propósito, de que al placer inefable de ver a su amiga, se mezclase la sospecha de salvar así por un día siquiera el rudo deber de sostener a sus hijos o doblar la frente ante las desigualdades de la fortuna. Así se ha practicado en el humilde hogar

85
NUEVO 3
sensacional
DESODORANTE



de la familia de que formé parte la noble virtud de la pobreza. Cuando don Pedro Godoy, extraviado por pasiones ajenas, quiso deshonrarme, tuvo la nobleza de apartar a mi familia del alcance de sus dardos emponzoñados, por que la fama de aquellas virtudes austeras había llegado hasta él, y se lo agradezco.

Cuando yo respondía que me había criado en una situación vecina de la indigencia, el Presidente de la República en su interés por mí, deploraba estas confesiones desdorasas a los ojos del vulgo. ¡Pobres hombres, los favorecidos de la fortuna, que no conciben que la pobreza a la antigua, la pobreza del patricio romano, puede ser llevada como el manto de los Cincinnati cuando el sentimiento moral ha dado a sus pliegues la dignidad augusta de una desventaja sufrida sin mengua! Que se pregunten las veces que vieron al hijo de tal pobreza acercarse a sus puertas sin ser debidamente solicitado, en debida forma invitado, y comprenderán entonces los resultados imperecederos de aquella escuela de su madre, en donde la escasez era un acaso y no una deshonra.

GANDHI, EL SANDO

por Jorge Carrera Andrade

A LA SOMBRA DE LOS LIBROS SAGRADOS

LA madre canta, con entonación religiosa, un versículo de LOS VEDAS, libro oscuro y misterioso como un bosque de sándalo, donde se oyen las pisadas de las antiquísimas divinidades indostánicas. La voz maternal resuena en la noche: "Aurora, tu eres el ojo de la tierra, porque sin ti el mundo sería ciego... el universo tiene por guía la luz, la sabiduría. La sabiduría es el fundamento del Universo. La sabiduría es Brahma..." Un niño escucha absorto las graves palabras. Afuera, las sombras se amontonan sobre el mar de Oman y parecen caminar hacia el norte, hacia el lejano Punjab, moviéndose extrañamente como los sobrehumanos héroes del Ramayana.

Hay holgura en este hogar hindú, en la blanca ciudad de Porbander. El padre luce la insignia de Primer Ministro del principado de Kathiawar. Los parientes del padre son Sikhis de cabellos largos y brazaletes de hierro. La madre es una santa de la secta de los jainistas que veneran a los animales, creen en la reencarnación de los seres y predicán que no es la inteligencia sino el amor la vía única que lleva a Dios. El niño, de doce años de edad, es Mohandas Karamchand Gandhi y muy pronto va a contraer matrimonio, siguiendo la costumbre de su país.

Gandhi nació en mil ochocientos sesenta y nueve. Se casó siendo aun estudiante de escuela secundaria, en mil ochocientos ochenta y uno, con la fiel Kasturbai. Ingresó luego a la Universidad de Ahmedabad, y habiendo terminado sus estudios siete años después, viajó a Londres con objeto de especializarse en la ciencia del Derecho. Tiene diez y nueve años y quiere ser un caballero inglés; viste con elegancia, gasa sin contar las libras esterlinas; aprende buenas maneras y toma lecciones de baile.

Mas, sus esfuerzos resultan inútiles. No es aceptado en ningún club social, en ninguno de esos aristocráticos círculos donde los "gentlemen" se aíslan del resto de la humanidad, refugiándose en una butaca como en una concha y cubriéndose con un periódico de avisos. Además, nunca podrá usar sombrero hongo y paraguas e ingerir sin inmutarse los tremendos alcoholes británicos. No comprende tampoco muy bien el parentesco que puede existir entre Smiles, Oscar Wilde y Lord Reading. Vuelve a sus libros hindúes. Un día, encontró un volumen del Bhagavad Gita, código moral, que le hizo retornar al camino de la fe y le señaló su destino. Allí aprendió que "mejor que la sabiduría es la meditación y mejor que la meditación, la renuncia al fruto de las obras. Tras la renuncia viene la paz; dichoso el que ha vencido todo egoísmo; dichoso el que ha obtenido la paz; dichoso el que ha encontrado la verdad".

En mil ochocientos noventa y tres, Gandhi viajó a Africa del Sur. Tenía prisa por llevar a la

práctica sus ideas de redención humana. Escribió a Tolstoy pidiéndole consejo para la fundación de una colonia agrícola. En mil novecientos cuatro, inauguró, su obra, según el plan del apóstol ruso. Predicaba la pobreza y la virtud y, para dar ejemplo, renunció a su cargo de abogado que le producía veinticinco mil dólares por año. Fundó la "Opinión Hindú", periódico doctrinario, y publicó su primer libro sobre la independencia de la India, "Hind Swaraj". Fué encarcelado varias veces por las autoridades inglesas. Se dedicó a desentrañar el espíritu de las Escrituras hindúes y a dominar su timidez. Aprendió a hablar a las muchedumbres. Hizo voto de castidad. Se ejercitó en la abstinencia e imitando a los nativos, empezó a beber leche de cabra. Leyó y comprendió la enseñanza del Nuevo Testamento.

Era la época en que vivía a la sombra de los Libros Sagrados. Al verle en tan extrema pobreza y humilde, la gente comenzó a pronunciar el nombre de San Francisco de Asís. Como el "pobrecillo" el dulce varón hindú amaba a todos los seres y tenía sus días de éxtasis y silencio. En mil novecientos catorce, Gandhi regresó definitivamente a la India llevando consigo un vivo mensaje de Africa: la cabra fiel y familiar, que le daba alimento y vestido y le acompañaba por todas partes, alegrándole a veces con su agreste carcajada mágica.

La India: Paraíso del hombre y de la vaca

En la gran península asiática viven los hombres más pobres del mundo. Tal vez son —dicen ellos— los descendientes de los pobladores más antiguos del planeta. Las leyendas más viejas de la humanidad han florecido en esas tierras, que se extienden desde Ceylan —donde estuvo el paraíso terrenal, según lo aseguran sus habitantes—, hasta la cordillera del Himalaya, muralla ciclópica que guarda severamente su secreto planetario, Patria del arroz —o rocío solidificado— y del algodón, cuya blancura de nube en copos es una dádiva celeste para el hombre. Patria de la canela y del té, plantas maravillosas que dan en humo y en fragante líquido el bienestar y la paz del ánimo. Patria del loto sagrado, flor de la beatitud, y del ganado divino y fecundo.

En las aguas del Ganges, que arrastran cenizas humanas, y en las nieblas cálidas del Brahmaputra, se esfuman los siglos, las religiones, las razas, las migraciones y las invasiones, las edades y las culturas, con sus costumbres y lenguajes diversos. En el suelo hindú han dejado su huella los sumerios —portadores del hierro y de los signos solares—; los arios —inventores del sánscrito—; los persas bárbaros y fastuosos; los griegos —padres de la arquitectura y la escultura, adoradores de las formas—; los árabes soñadores y sensuales; los afganos intrépidos; los mongoles enigmáticos y, finalmente, los ingleses metódicos y liberales, con su Biblia y sus códigos de moral y de policía.

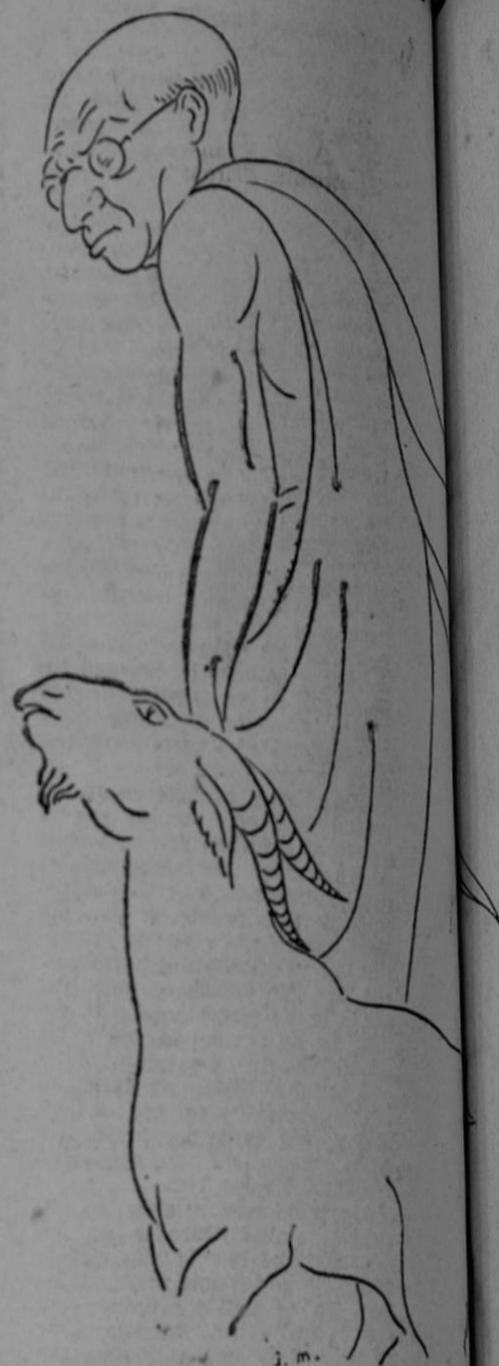
La India es la cuna de las religiones. De allí salieron sucesivamente el politeísmo, el monoteísmo y la idea de la trinidad.

Allí tuvo su origen la concepción dualista del bien y del mal, del dios de la luz y del demonio de las sombras. En esas tierras nacieron el brahmanismo, el hinduismo, el budismo, el saktismo e innumerables sectas, una de las cuales —la de los esenios— parece haber prestado sus fundamentos morales al cristianismo. La idea cristiana del cielo se asemeja a la creencia hinduista de la vida ultraterrena como recompensa a la conducta observada durante el tránsito terrestre.

Gran península misteriosa, poblada de dioses y de héroes; las mezquitas y las pagodas penetran hasta el corazón de las selvas, y éstas, a su vez, devoran a las ciudades. Los dioses toman frecuentemente la forma de animales para despistar a los hombres. Brahma se refugia en el agitado cuerpecillo de un pez. Hanuman anda por allí en forma de mono y comanda un ejército de monos. El sabio y manso Ganech tiene forma humana y cabeza de elefante. Tremenda fauna sagrada, extraña flora del paraíso. La magnolia, paloma vegetal, cambia mensajes de albuza con el pesado lirio de agua, símbolo del sueño. El estornino pronuncia, con asombro místico, el nombre de Rama. Al atardecer los vampiros cuelgan de los árboles como frutos diabólicos. Garzas, cuervos y loros vuelan por el mismo cielo. El bananero y el árbol de la pimienta saludan a la canela, a la planta de yute y al mango. Salta, entre la maleza, el antilope de cuatro cuernos, mientras la cobra se alza como una mano a medio cerrar, dispuesta a atrapar algún insecto alado. Y las vacas, con sus cuernos pintados de rojo, andan por todas partes, entran a las ciudades y visitan el interior de las casas.

Porque la India es el paraíso de las Vacas. Se calcula que hay doscientos millones de ellas en la Península, o sea una vaca por cada dos habitantes. Henri Michaux, el original poeta y viajero belga, hace esta pintura de Calcuta: "Ciudad de canónigos —el bengalí se viste como canónigo— y de su maestro: la vaca. Los hindúes se han aliado con la vaca; pero la vaca no se da por aludida. Hay vacas en Calcuta por todos lados. Cruzan las calles, se atraviesan en una acera y la hacen intransitable... El hindú no mata la vaca. Es evidente que no, pues por toda la ciudad hay vacas que se alimentan de periódicos viejos. ¿Será posible que la vaca tenga una predilección innata por los periódicos viejos? La escasez de alimento para el ganado vacuno es un grave problema en la India. Gunther dice: "No se puede matar ni aprovechar a estos animales. El hombre es víctima de la vaca sagrada. La vaca vive del hombre y no a la inversa".

Gandhi levanta su voz apostólica en defensa de este culto de la vaca, en el que se ve una de las afirmaciones más altas de la evolución humana, porque la vaca es un símbolo de todo el mundo subhumano con el que el hombre concluye un pacto de alianza" Exalta con fervor el significado de este culto tendiente a sellar la fraternidad del hombre con los animales, "realizando la identidad humana con todo lo que vive".



Invitación al sufrimiento y a la desobediencia civil

En ese país paradójico, en donde son venerados hasta los animales, existe un sér desposeído de todo, al que se desprecia y humilla: el paria. Herederos del dolor universal, seres infra-humanos, los parias o intocables no pueden vivir con los otros hombres y no les está permitido siquiera beber el agua de las fuentes públicas. **Hijos de Dios** les llama Gandhi a estos desventurados.

Los reformadores religiosos y sociales de la India, han emprendido en los últimos tiempos la noble tarea de reivindicar los derechos de los parias. Rarokrishna, llamado el "loco-dios", su discípulo Vicekananda, el Paria Dabhai, o sea "el rey sin corona de Bombay", se pueden considerar como los precursores de Gandhi en su lucha por la dignificación de los pobres y la independencia de su país.

Gandhi comprendió que necesitaba de un arma extraordinaria para enfrentarse al poderío británico y pidió inspiración al Nuevo Testamento, al Bhagavad Gita y al Reino de Dios está en Vosotros de Tolstoy. De esos gran des libros nació su idea —según lo confiesa él mismo— de la resistencia pasiva, cuya manifestación heroica es el ayuno. Su gran ayuno "hasta la muerte", lo rea-

lizó Gandhi los p... rias. Los h... aterrados, a... del mártir... a un acuerdo... ró la situac... más p... bres de la... después, Gan... ferencia de... ses, en Ahm... labras de am... tuvo la eman... rias en disti...

El conocim... dhi... bre la literat... desde la antig... nuestros días... Ap... gía y Muerte... de P... tón, obra que... el Gobierno... mente vertió... La Corona... John Ruskin... tura es un... dención y pro... cance de los... Inaugura la... de Guevarat... guiendo un p... lista. "Es nec... fundar una... las del pasado... la experiencia... be ser la sim... do sobre la... espíritu". Fund... tituto Superior... donde éstos p... tudiar, ligados... násticos de... pobreza y despo...

DEL SIGLO XX

Los maestros deben labrar la tierra y practicar el swadeshi o prohibición de usar las manufacturas del extranjero, "pues son producto de la miseria explotada y de los sufrimientos del pueblo obrero de Europa".

Mas, no solo combatió Gandhi la desigualdad social sino también el fanatismo y el erotismo, grandes males que roían las entrañas de la India. Decidió ofrecerse como un ejemplo a sus semejantes y escribió una autobiografía de su juventud, relatando sus experiencias íntimas con la mujer y su victoria sobre la sexualidad. Este libro, que se intitula *Relato de mis experiencias con la Verdad* es un auténtico documento humano que enseña al hombre el dominio de sí mismo por medio de la continencia.

Desde 1914 a 1918, la actitud de Gandhi fué de espera resignada. Ayudó a los ingleses en su esfuerzo de guerra —nos ha contado Romain Rolland—, creyendo firmemente que la victoria traería consigo la independencia de la India. Cerca de un millón de hindúes marcharon a los campos de batalla de Europa, bajo las banderas británicas. Firmado el armisticio, Inglaterra impuso a sus colonias un estado de sitio, más o menos disimulado, y ahogó militarmente todo anhelo de autonomía. Entonces comienza la verdadera acción de Gandhi con su *Satyagraha* o movimiento de resistencia colectiva y desobediencia civil, dirigido por una especie de comité de lucha o "iglesia subterránea". Este movimiento consiste en oponer toda la fuerza del alma a la fuerza material del Estado y practicar "el coraje tranquilo de morir sin matar". Las huelgas que organiza Gandhi son huelgas religiosas durante las cuales el pueblo hace voto de pobreza, se retira de las ciudades y no presta su cooperación a nada, paralizándolo la vida industrial del país.

Las muchedumbres se lanzan a la desobediencia civil con el mismo fervor con que los santones se arrojaban en otro tiempo, bajo las pesadas ruedas mortales del carro de Siva. La voz casi divina de su maestro les guía: "La desobediencia civil no debe traer consigo ninguna excitación ni violencia. Es una preparación al sufrimiento mudo".

"¡Mahatma! ¡Mahatma!" se oye por todas partes, como una invocación de fe y esperanza. Mahatma, o sea "la gran alma" es Gandhi, jefe de una minoría intelectual hace algunos años, conductor espiritual después de millones de hombres. Su poder político casi ilimitado le da una aureola extraterrena, un resplandor semejante al de las grandes apariciones religiosas de Oriente.

Ejército de Almas

Se estremece la tierra, como al paso de los elefantes del Mahabarata. La India despierta y se incorpora. En Karachi, en Bombay, en Madras, las multitudes se ponen en movimiento, levantando nubes de polvo. Es el polvo místico que, en las grandes épocas, cubre las ciudades y los monumentos y, al quietarse, muestra la huella del pie de Gautama Bahda, el padre de la sabiduría y de la mansedumbre.

Las multitudes se ponen en movimiento... Centenares de millones de hombres, mujeres, ancianos y niños, con el pecho descubierto y las manos vacías, avanzan en masas compactas, como un ejército desarmado. Un ejército de almas, a las puertas de la eternidad. Ejército inagotable como las arenas del desierto o las aguas del mar o las sombras que pueblan la conciencia humana.

En 1919, Gandhi ordena la detención del trabajo en toda la India. Las tropas inglesas aplican un régimen de terror en el Punjab. En Jallianwals Bagh, durante las festividades religiosas, la muchedumbre es ametrallada sin piedad. Masacre de Amritsar. El Mahatma aconseja a los hindúes que se dejen golpear sin levantar las manos. Las multitudes se presentan a las puertas de las prisiones en actitud pacífica, pidiendo ser encarceladas. Después de una imponente manifestación popular, se inaugura la Conferencia del Califato, en la que Gandhi proclama la unión de los hindúes con los mahometanos. A mediados de 1920 se decreta la no cooperación en toda la India. Aparece el telar rústico, símbolo de la independencia nacional. "Hilad y tejer" es la consigna de Mahatma, adversario del maquinismo. "El tejido manual es la industria doméstica del país —dice— y la única solución de la cuestión social es tejer en la escuela, en el hogar y en el taller".

Los telares cantan en las ciudades y en los campos. La India entera teje. Todos llevan con orgullo los tejidos nacionales. Este es un rudo golpe para la economía británica, ya que la India es un inmenso mercado de tejidos ingleses. A fines del mismo año, se inaugura en Nagpur el Congreso Nacional de la India, que proclama que su único objeto es "alcanzar la independencia por todos los medios pacíficos y legítimos". Los campesinos se rebelan contra los propietarios en Allahabad. La represión es tremenda. Los sikhs se dejan masacrar por centenares. Los labriegos abandonan su trabajo en las plantaciones de té. Huelga de los empleados de ferrocarril en Bengala. Motines sangrientos en Magon. Se alumbran algunos incendios. Se llenan las prisiones. El drama de la desesperación y el fanatismo conmueve al mundo. Gandhi es arrestado en 1922 y

permanece en la prisión dos años.

En 1930, la desobediencia civil tomó los caracteres de una revolución nacional que se inició con la protesta del pueblo contra el impuesto a la sal, insostenible para la población paupérrima. El histórico movimiento se conoce con el nombre de la "marcha de la sal". Esta marcha —afirma John Gunther, en su libro *El drama del Asia*—, con excepción de la del ejército rojo en China, es la más notable en la historia moderna. Con un grupo de voluntarios, el Mahatma atravesó lentamente todo el país, y un fuego de rebelión siguió sus huellas. Cuando la empezó, "de rodillas pidió pan al gobierno" y en cambio recibió una piedra". Acompañado de sus devotos amigos, llegó finalmente al mar, y realizó el acto ilegal de extraer sal, diciendo: "Antes de regresar derrotado, preferiría morir como un perro y que los perros destrozaran mis huesos". Esta revolución duró cuatro años. Millares de personas fueron arrestadas y los ingleses decidieron continuar gobernando por la fuerza.

El Santo en la prisión.

Le cubre apenas el cuerpo, enflaquecido por la abstinencia, esa flotante túnica blanca que le asemeja a una figura del Nuevo Testamento. No lleva ningún adorno. Se mueve en una atmósfera de sencillez. Trabaja y escribe sin descanso. Ama el sufrimiento, el silencio y el ayuno. "El sufrimiento —dice— es la característica de la familia humana. La madre sufre para que su hijo pueda vivir. La vida nace de la muerte. Para que crezca el trigo es preciso que la semilla perezca. Ningún pueblo ha surgido sin purificarse en el fuego del sufrimiento..."

El santo ama su celda, su prisión. Fuera de ella, vive de igual modo, con la misma pobreza y la misma regla severísima. Se levanta con el alba y ora. Su única comida consiste en un vaso de leche de cabra, un plato de legumbres frescas y algunas frutas. Medita, escribe, arregla sus apuntes y memorias. Cree firmemente en el alma inmortal, en la unidad humana y en Dios. Otra vez ora a la puesta del sol y se acuesta en su duro lecho.

Está siempre dispuesto a aceptar con el corazón alegre las más tremendas privaciones. Sus grandes ayunos han estremecido de ansiedad al mundo. Su ayuno por la emancipación de los parias, al cabo de los cuales triunfó su voluntad, celebrándose por tal motivo una gran fiesta en toda la India. "Debo sufrir una purificación personal —dice Gandhi—; debo hallarme en estado de registrar mejor la más ligera variación de la atmósfera moral de mi pueblo. Quisiera sufrir todas las humillaciones, todas las torturas, el ostracismo absoluto y has-

ta la muerte para impedir la violencia..."

Cuando fué apresado, a raíz de su primer gran proceso, en 1922, en su retiro de Ashram de Sabarmati, cerca de Ahmedabad, en la noche del diez de marzo, se hallaba orando cuando llegaron los policías. Los amigos de Gandhi se arrojaron a sus pies llorando, en la puerta de la prisión. El santo les recomendó, una vez más, la "ausencia del miedo", que consiste en "ser libre del miedo de los reyes, de los hombres, de la familia, de las bestias feroces y de la muerte y defenderse tan sólo con la fuerza de la voluntad, con la fuerza del alma."

¡Santo! ¡Shri-Krishna! ¡Bap! le llama el pueblo. Gandhi protesta suavemente: "yo rezo como todo hombre. Creo que todos podemos ser mensajeros de Dios; pero yo no tengo ninguna revelación particular de Dios. Mi creencia firme es de que El se revela a todo ser humano; mas la gente cierra los oídos a la pequeña voz interior. Yo pretendo ser únicamente un humilde obrero, un humilde servidor de la India y de la humanidad". Y aconseja a los hombres a no hacer mal, considerar a todo ser viviente como su prójimo y llegar al ahimsa, o sea a la perfección por medio de la inocencia. "Mi religión no tiene límites geográficos —repite continuamente—. Yo no creo en la divinidad exclusiva de los Vedas. Creo que la Biblia, el Corán y el Zend-Avesta son también divinamente inspirados. El hinduismo no es una religión misionera. Deja un lugar en él para la adoración de todos los profetas del mundo. Dice a cada uno que adore a Dios según su propia fe o Dharma y así el hombre vive en paz con todas las demás religiones".

Es un caso único en nuestro siglo el de este apóstol de la mansedumbre, gran soldado de Dios y paladín de la conciencia, que provisto tan sólo de las invisibles armas del espíritu, ha liberado pueblos, ha redimido a millones de hombres y "ha realizado en su propia alma la unidad humana".

Mahatma Gandhi... Gran alma, gran Capitán de un innumerable ejército desarmado y pacífico... El Delhi, en Bombay, en las fronteras de Bengala, en las riberas del Indo y en las fronteras del Tibet, las cuatro castas-intelectuales, funcionarios civiles y militares, comerciantes y trabajadores —y la masa informe de los parias, se agitan detrás de la bandera tricolor del Congreso. Es el desmesurado fantasma de Comeleswara que avanza demoliendo a su paso las murallas de las cárceles, a golpes de espíritu. Sin que nadie las toque, se va derrumbando, una tras otra, las últimas fortalezas del imperialismo. Y así, la independencia de la India es un triunfo de la conciencia humana.

Jorge Carrera Andrade, conocido poeta y crítico ecuatoriano, auténtico viajero, va de la legendaria y encantadoramente misteriosa India a la cara Francia, de las neblinas londinenses a los fríos Andes, de la coquetería parisiense a la austera rigidez del bostoniano. Es una sutil antena que logra captar ambientes y paisajes y luego los ofrece con el encanto creador de un verdadero poeta en toda su obra, de vastas proporciones, sumamente

divulgada no sólo en América sino también en Europa donde goza de merecida fama.

Su ensayo sobre "Gandhi, el santo del siglo XX", está empapado de su sentir poético y es una de sus producciones más agradables. Carrera Andrade se muestra en él en uno de sus momentos felices.



ABIA una vez dos compadres que vivían vecinitos. Uno era rico y otro pobre. El rico no tenía hijos, mientras el otro tenía cerca de una docena de

panzoncillos.

Pues bien, todos los días se iban los compadres a cazar porque las pieles de venado estaban a buen precio. A veces traían hasta tres venados, pero era el compadre pobre el que los traía a la espalda; el otro no traía más que su persona. Llegaban a la casa y el pobre se ponía a pelarlos, a tasajear la carne, a salarlos y a estacar el cuero al sol para que se secase. Luego, por toda recompensa, le daban los desperdicios, la carne golpeada, las tripas, etcétera. Al llegar a su casita, sañían los chiquillos y su mujer a encontrarlo muy alegres. Esto era de todos los días.

Allí, una noche de tantas y cuando los chiquillos estaban bien privados, dijo la comadre pobre a su esposo:

—¡Ay, siento que se me parte el corazón cuando te veo venir con esas cargas tan pesadas del monte y más aun de ver con lo que te pagan...! Oye, no quiero que vuelvas al monte con mi compadre; si me quieres, no vayas. ¡Dios nos protegerá!

—Pero, hija —dijo el esposo— ¿qué hacemos? Yo no tengo escopeta para ir solo, y no tenemos otro modo de mantener a nuestros hijos... ¿Cómo quieres que haga?

—Pues, señor —agregó la comadre— esta misma noche te vas a buscar la madre de Dios por esos montes.

Y así sucedió; antes del alba salió el compadre pobre, llevando por toda provisión dos tortillas con sal, y por toda arma un machetito viejo. Va de caminar y caminar todo el santo día monte adentro, descansando a veces para recobrar las fuerzas.

Al anochecer llegó a un llanito en cuyo centro vió una gran casa. Alegre porque iba a hallar donde dormir a cubierto, fuese a llamar a la puerta; pero nada, aquella casa parecía deshabitada; sólo el eco repetía su voz y los golpecitos que daba. Sintió miedo, pero como estaba muy cansado, se recostó detrás, junto al alar. Durmió un buen rato; pero de pronto parecía que lo habían llamado; abrió los ojos y recordó que estaba solo en un sitio desconocido. Oyó ruido en la casa, notó que en el interior había luz; entonces aplicó el ojo por una rendija: vió un gran salón con sillas alrededor que despedían fuego. En un extremo había un dosel que también despedía llamas... ¡allí estaba sentado el Diabolo!

Sonó un timbre y un grupo de diablos menores fué a ocupar el resto de los asientos, prosiguiendo el mayor silencio. Sonó otro timbrazo, e inmediatamente se puso de pie el diablillo más próximo al Diabolo mayor o sea el Jefe, diciendo:

—Señor, hoy traje dos beatas para la olla grande.

—¡Buena leña! —dijo el Diabolo.

Luego se puso de pie el que le seguía y dijo:

—Yo traje cuatro abogados, también para la olla grande.

—¡Buena leña! —agregó el Diabolo.

Y de este modo fueron todos dando cuenta del trabajo del día. Unos que una monja, otros que un obispo, otros que un matrimonio en cuerpo y alma, etcétera. El último dijo:

—Hoy nada traje, pero dentro de cuatro días traeré todos los habitantes de la capital, desde el rey abajo.

LOS DOS COMPADRES

Por María de Noguera

—¿Cómo es eso? —interrogó el Diabolo con gran admiración.

—Pues fácil —contestó el interrogado—: sequé todas las fuentes y todos morirán de sed, nos llaman a grandes voces, olvidados por completo de Dios.

—¡Oh, buena leña! —exclamó el Diabolo— ¿no habrá algún medio de hacer brotar las fuentes de nuevo?

—Sólo hay uno —señor— y es cortando la rosa más hermosa que está en el centro del jardín del palacio del rey. Pero esto nadie lo sabe y la muerte acabará con todos.

El compadre pobre echó todo esto en su saco, y santiguándose repetidas veces, tomó rumbo hacia la capital. Parecía que lo llevaban de la mano.

Entró a la ciudad en la tardecita, rezando porque allí solo se oían horrores. Unos gritaban, otros decían palabras que no son de repetirse; otros se abofeteaban, se tiraban del pelo, etcétera. Aquello daba compasión y miedo.

Preguntó el compadre pobre por el palacio del rey, y se dirigió hacia allá. Allí, como en la calle, era un puro desorden; la princesa estaba tirada en media escalera llorando; la reina en el corredor, con un zapato en un pie y una media en el otro, llorando y con las mechas sueltas; el rey, con la túnica al revés, sin corona y tirado de panza en la sala. En fin, que esto era empezar y no acabar.

El compadre con buenas maneras habló al rey, y le pidió permiso de ir al jardín.

—Vaya donde le dé la gana —contestó— y no venga aquí a molestar.

Entró al jardín y vió de veras en el centro una rosa de gran tamaño; ligerito corrió a cortarla. No bien lo había hecho, cuanto brotaron todas las fuentes de aquellos contornos. El mismo tomó un vaso de agua y le llevó al rey, después a la reina y a la princesa. Poco a poco fueron recobrando el conocimiento y se fué restableciendo el orden. Al

día siguiente mandó el rey que adornaran las calles con arcos y banderas. Después se publicó un bando en el que se daba cuenta de la persona que los había salvado. El rey en persona salió en una carroza de oro con el compadre pobre. Una gran multitud los seguía echándoles vivas.

Sus Majestades le ofrecieron la mano de la princesa, pero el compadre se excusó del mejor modo posible, rindiéndoles las gracias, y diciéndoles que él tenía su mujercita y por ahí de una docena de chiquillos. Entonces el rey le dió tres baúles de dinero; carros cargados de diversas clases de géneros para que pusiera una tienda; también le dió todo el ganado de una de sus haciendas, muchos criados y sabaneros que debían cuidar del ganado.

Se despidió, pues, el compadre pobre del rey, la reina, la princesa y de los muchos amigos que tenía ya, y tomó rumbo a sus tierras.

En la noche del tercer día de camino llegó a su chocita, con su procesión de criados y sus riquezas. La esposa, que no dormía desde su partida, oyó aquel tremolín que se detuvo en el patio. No acertaba a comprender aquello. Oyó junto a la puerta que la llamaban por su nombre y reconociendo la voz de su marido, se dispuso a abrir; se había levantado a medio vestir, por lo cual al entreabrir la hoja de la puerta, la cerró de golpe, pues en vez del compañero haraposito que esperaba, se presentó un personaje decentemente vestido, calzado, de saco, cuello parado, tirolé y qué sé yo cuantas cosas más. Trabajo le costó al pobre hacerle creer que era su maridito.

—Mirame —le decía— si soy yo, tu marido... Es que tu consejo nos ha valido y hoy somos muy ricos, pero muy ricos.

Ordenó a unas doncellas que vistieran a su señora y a los niños. Marido y mujer fueron a despertar a los panzoncitos y por nada de este mundo creían que era el papacito. Al fin la mañana los convenció. Mientras tanto, los criados habían iluminado el pa-

tio con antorchas y linternas.

Todo este bullicio lo había escuchado la comadre rica y no veía las horas de Dios de que amaneciera para ir a curiosear.

De mañanita llegó un chiquito del compadre pobre con un huacalito lleno de plata donde el compadre rico:

—Aquí le manda mi papito, y dice que le haga el favor de prestarme su cajuela de medir maíz.

—¡Hum! ¿y dónde halló tanta plata mi compadre?

—Tendrá mucho cuando regala —dijo la comadre rica—. Y no fué cuento, sino que a medio vestirse y sin desayunarse fué a saludar a los compadres; llegó muy cariñosa, haciendo aspavientos de cuanto le contaban.

—¡Uuuf...! —decía— ya ustedes son millonarios; nosotros no tenemos nada delante de ustedes. Así que dió fe de todo, se despidió. Cuando llegó a su casa, todavía estaba durmiendo el compadre rico. Entonces le gritó furiosa:

—¡Idia! gran haragán! ¿todavía no te levantás?

Y tomando la escoba, la emprendió contra él, entablándose una pelea como de una hora, por que es claro que el marido no se cruzó de brazos.

—Si sí, sí! —decía la mujer—; sos un haragán de marca mayor; andá ve a mi compadre lo rico que es; ¡vos como no tenés más vida que traer esos venados viejos, como si yo fuera zopilote para comer carne de monte!

—Pero mujer de Dios! —decía el marido— ¿qué querés que haga yo, si esa es la suerte de cada uno?

—¡No, ¡qué cuento! —agregó ella— Vos tenés que irte también a buscar la madre, como le dijo mi comadre a su marido. Y es que te vas esta misma noche; andá preguntá cómo hizo el compadre; pero poné mucho cuidado para que hagás lo mismo.

Al fin de tanto regaño y decir, se levantó el marido y se fué a ver al compadre pobre, que ya no lo era en realidad. Mientras tanto la mujer, hecha una loca de pura envidia, le dió la carne a los perros, el queso, las huacaladas de huevos, la natilla, todo; todo lo tiró al patio. Por último, volcó la canoa de la leche. Se fué a su aposento y se puso el vestido más viejo y roto que tenía. La cocinera estaba que se hacía de cruces. Cuando regresó el marido, le preguntó:

—Bueno; te fijaste bien en lo que dijo el compadre; ya sabés que esta noche te vas.

Al marido se le filtró en el corazón un poquito de envidia; así es que la mujer lo convenció de que debía irse.

Así fué; antes del alba salió el compadre rico en la misma dirección que tomó el compadre pobre. De igual modo, llevaba dos tortillas con sal y un machetito viejo, que era con el que picaban carne las cocineras. Andá y anda, y todo el día. Al anochecer llegó al llanito y vió la gran casa. Hasta aquí, todo iba bien.

Como nadie respondió a su llamado, fué y se acostó en el lugar donde le había dicho el compadre pobre. Y como así estuviera en su casa se durmió a piera suelta. No oyó cuando llegó el Diabolo con su servidumbre y se colocó en su lugar. Antes de empezar a rendir cuentas, pidió la palabra el que había secado las fuentes de la capital. Dijo que fueran primero a registrar la casa, porque alguien los había escuchado cuando relató lo de la ciudad.

—¡Quién va a creer —exclamó— la ciudad se ha salvado! Todos, desde el Jefe, lanzaron un aullido de cólera. Se dividieron en dos grupos, y unos para



lado y otros para el otro, fueron rondando la casa; y se van hallando a mi señor bien privado! Entonces lo tomaron todos con las uñas y lo elevaron... En eso se despierta y exclama: —¡Ave María Purísima! ¡Alabado sea el Santísimo...!

Y claro está que los diablos no esperaron otra y — ¡pum!—cayó cuando lo soltaron, como a diez metros de altura.

Inmediatamente tomó el camino de su casa, renqueando, todo golpeado y arañado. Más muerto que vivo, llegó al anochecer a su casa, con una docena de chilillos de tamarindo que había cortado de camino.

La mujer, que no despegaba los ojos del camino, soñando con las cajas de dinero, criados y coches, salió a encontrarlo apenas lo columbró. Antes del saludo, le preguntó:

—¡Idiai, qué tal? ¿y las riquezas?

—Ahí vienen atrás—replicó el marido muy serenamente—. Dame de comer, que hoy no he probado bocado por venir arreando esos animales.

Prontito estuvo la mesa lista; y la mujer de aquí para allá, que no cabía; deseaba que el marido se echara la comida de un bocado, para que le hiciera el soñado relato del viaje. Cuando hubo terminado, la llamó al aposento con voz de cariño; reposadamente cerró la puerta y le echó llave. Luego le dice, mostrándole la espalda desnuda:

—Mirá, esto es lo que saqué por hacerte caso; estas son las riquezas y ahora voy a darte tu parte. Diciendo esto, la cogió de las mechas y le desmenuzó los doce chilillos por las costillas. Y santo remedio; no volvió a tener envidia.

El Primer Año Geo-Físico Internacional

Por Mauricio Goldsmith, redactor científico de la Unesco.



DURANTE doce meses, a partir de agosto de 1957, centenares de científicos apostados en lugares estratégicos de la tierra harán guardia, las veinticuatro horas del día, para estudiar la atmósfera que nos envuelve. Será éste uno de los mayores esfuerzos realizados por un grupo de naciones para recoger datos que nos permitan comprender más cabalmente las influencias de orden físico que rigen nuestra vida.

La decisión de comenzar a organizar inmediatamente tan vasta empresa científica se tomó recientemente en Amsterdam, al convenir la Asamblea General del Consejo Internacional de Uniones Científicas que astrónomos, geólogos, geógrafos y especialistas en cuestiones de radio se unieran para poner en marcha la iniciativa. La razón de que todos ellos trabajen juntos es que el estudio de la atmósfera ayudará a descubrir, por ejemplo, no sólo cuánto afecta al tiempo y a las comunicaciones de radio, sino también algunas características fundamentales de la tierra.

El estudio científico de la atmósfera realizado sistemáticamente, comenzó en el siglo XVII con hombres como Torricelli. Desde entonces hemos aprendido mucho sobre la atmósfera que nos rodea inmediatamente, pero muy poco sobre las capas superiores y más lejanas de la atmósfera y casi na-

da sobre la relación existente entre ambas.

La zona inferior de la atmósfera, que se conoce con el nombre de TROPOSFERA, tiene por lo general de once a trece kilómetros de extensión. El aire no está nunca quieto en ella, y de ahí el prefijo TROPO, que significa "vuelta del aire". El buen o mal tiempo que tengamos se produce a consecuencia de diversos cambios en la troposfera.

Por encima de esta zona y separada de ella por una zona límite más reducida, que se conoce con el nombre de TROPOPAUSA, está la ESTRATOSFERA, que en los últimos años ha llegado a ser un término familiar a todo el mundo por constituir su parte inferior una especie de ruta obligada para el tipo más rápido de aviones. La extensión media de la estratosfera es de unos setenta y cinco kilómetros, la primera mitad de los cuales está constituida por una capa de ozono. Esta capa filtra gran parte de los rayos ultravioleta del sol, y sólo permite que pase a la tierra la cantidad de ellos que podemos buenamente tolerar. Las variaciones meteorológicas que se dan en la tierra se ven también directamente afectadas por las fluctuaciones que se producen en el ozono de la estratosfera.

En la estratosfera, asimismo, existe una capa caliente que tiene una influencia directa sobre las transmisiones de radio. Las ondas cortas se absorben en ella, especialmente durante el día.

Sobre la estratosfera se extiende la vasta zona de la IONOSFERA, cuyo nombre se deriva del hecho de existir en ella iones libres (o sea, átomos o grupos de átomos eléctricamente cargados). Esta es la región de la atmósfera por la que se interesan más los científicos.

Dentro de la ionosfera hay dos capas bien marcadas: la designada con la letra "E", importante porque refleja las ondas de radio a la tierra y hace posible la transmisión de onda larga, y la designada con la letra "F".

En la parte inferior de la ionosfera se producen muy frecuentemente las luces del norte, o aurora boreal. Este fenómeno natural, porque se ven danzar en el cielo corrientes de colores diversos se considera todavía en muchos rincones de la tierra como un signo de catástrofe inminente. Hay una cantidad de teorías sobre el origen y carácter de la aurora boreal, pero todavía aguardan solución muchos problemas de la mayor complejidad e importancia. Entre ellos están los relativos a las tormentas magnéticas, sobre los cuales se necesitan muchos más datos que los que se tienen en la actualidad.

En 1882 los científicos colaboraron en una serie de estudios a los que dieron el nombre de Primer Año Polar Internacional. El principal de esos estudios era la investigación de fenómenos geofísicos, como las tormentas magnéticas y la aurora boreal. En esa época se creía que la aurora era un reflejo luminoso de los "icebergs" del Polo Norte, cosa que quedó desmentida al comprobarse que la frecuencia del fenómeno no aumentaba a medida que se acercaba uno al polo.

Cincuenta años después se organizó el Segundo Año Polar, destinado principalmente a la compilación de datos sobre las tormentas magnéticas. Todavía se estudian en la actualidad los he-

Ahora se ha resuelto hacer lo propio entre 1957 y 1958, pero esta vez se llamará a la experiencia Año Geofísico Internacional, expresión con la que se da idea de los propósitos más amplios de los estudios que se realizarán. La iniciativa pertenece a un británico, Sydney Chapman, y un americano, Lloyd V. Berkner. Las proporciones de la investigación han de ser tan amplias que se está formando en estos momentos un comité central de organización, cuya secretaría seguirá trabajando cinco años después de realizados los estudios con objeto de organizar el análisis de los datos obtenidos en el curso de aquéllos.

De todo esto ha de surgir el conocimiento necesario de las instituciones internacionales, de cuyos servicios gozamos continuamente. Habrá datos que convengan a los científicos que trabajan en Kew (Inglaterra) en la delimitación de terremotos para el Resumen Sismológico Internacional; otros que convengan a los que actúan en el Instituto Internacional Isostático de Helsinki (Finlandia), dedicados a determinar cada vez con mayor exactitud la forma cambiante de la tierra; y otros que sirvan especialmente a los funcionarios del Servicio Internacional de Latitud de Turín y a la Oficina de la Hora de París, que da las señales de tiempo aceptadas internacionalmente.

Por importantes que sean, estos servicios son sólo una pequeña parte de los que esos científicos nos prestarán a todos, directa o indirectamente, al reunirse en uno de los esfuerzos cooperativos más grandes registrados en la historia de la ciencia.

16 de setiembre de 1953

El origen de los fideos está envuelto en el romántico pasado de muchas tierras. Autoridades en la materia difieren en cuanto a cual país corresponde el honor de haber dado este maravilloso plato al mundo. Según algunos investigadores de la pasta, ésta fué descubierta primeramente por Marco Polo en el siglo XIII en una de las exploraciones de él a China. Pero otros exploradores reclaman que los alemanes importaron los productos de macarrones de China y aprendieron de los italianos el arte de hacerlos. Por el siglo XIII se hizo popular en Italia que el Emperador Federico II inventó el nombre "MACARRON" de Marcos, significando plato divino. Por el tiempo de la revolución Americana, esto fué bien establecido en los Estados Unidos.

Conchas son una de las más lindas formas de la familia de los fideos. Para un plato gustoso en un día caliente la siguiente receta ofrece un plato que es rápido, refrescante y que satisface al gusto más delicado.

CONCHAS A LA MARINERA

- 1 taza de atún refrigerado desmenuzado
- ½ taza de apio finamente picado
- 4 yemas de huevo duro bien picaditas
- un tercio taza de mayonesa
- sal, pimienta al gusto un poquito de azúcar
- ½ libra de fideos conchitas cocinados.

Combinense todos los ingredientes sazónándolos al gusto, mézclese con las conchitas cocinadas y frías. Colóquese sobre un acolchado de hojas de lechuga y espolvoreese con un poquito de pimienta para mesa. Esta receta alcanza para seis personas.

Pensamientos

"El orgullo del conocimiento es humilde comparado con la soberbia de la ignorancia".

H. SPENCER

"Les diré que las tonterías impresas no tienen importancia sino allí donde se impide su difusión; que sin la libertad de escribir no hay elogio que sea halagüeño, y que sólo los hombres pequeños temen los pequeños escritos..."

BEAUMARCHAIS

"Me devora la sed insaciable de libertad y de emociones novísimas. Mi ideal es América, y singularmente la América tropical, esa tierra de maravillas... ¡Cuánto daría yo por abandonar este desierto y sumergirme en la manigua inextricable!"

SANTIAGO RAMON y CAJAL

"Si supiera alguna cosa que fuese útil para mí y perjudicial para mi familia, la arrojaría de mi espíritu. Si supiera alguna cosa que fuese útil para mi familia y que no lo fuese para mi patria, trataría de olvidarla. Si supiera alguna cosa útil para mi patria y que fuera perjudicial a Europa o al género humano, la miraría como un crimen".

MONTESQUIEU

RABELAIS, MAESTRO DE MORAL

Por Georges Fradier



IL quinientos cincuenta y tres: — muerte de Francisco Rabelais. ¿Será posible que sólo se acuerden de este cuarto centenario los ratas de biblioteca y los oficiales del turismo francés? Pantagruel, es cierto, tiene amigos por todas partes, pero hay sus dudas sobre que pueda despertar el entusiasmo público y de que alimente el fervor de los aniversarios organizados, como lo harían otros personajes literarios de indiscutible clase internacional, llamados — Hamlet, Don Quijote, Fausto o los hermanos Karamazov.

Los héroes universales halagan a sus fieles. El "hombre medio" se reconoce con gusto bajo la más cara de Don Juan y de Prometeo, pero rara vez ve un modelo o un hermano en Pantagruel, sin hablar del hermano Juan o de Panurgo. Además, nuestra época tiene la costumbre de pedir "un mensaje" de los grandes escritores del pasado. Si su obra no ofrece con claridad las razones para confirmar o invalidar cualquier doctrina, se buscan en sus vidas ejemplos y símbolos. Ahora bien, ¿puede uno pronunciarse sobre el "mensaje" de Rabelais?

Su vida se conoce con bastante detalle. Es una vida sin heroísmo y sin extravagancia. ¿Qué inspiración puede encontrarse en las aventuras de un turenés de buena familia, monje sin vocación, pero apasionado por el conocimiento, enamorado del latín y el griego, que abandona con frecuencia el convento y se gradúa de doctor en medicina? Su vida fué, en conjunto, una carrera honorable, sostenida — como debía serlo — por dos o tres potentes protectores, cardenales y princesas. Nada faltó en ella, ni las pequeñas misiones diplomáticas, ni los beneficios eclesiásticos, ni en ocasión siquiera, el tener que ocultarlo de la policía. Rabelais tuvo, en efecto, que huir de algunos peligros judiciales, relativamente benignos, por otra parte, en un siglo en el cual los tribunales no se enterneaban con las gentes de letras.

Se le acusó de herejía, es decir, de ateísmo; acusación que en 1530 no tenía demasiada importancia. En realidad, se inclinó, como la mayor parte de los humanistas, hacia las ideas de libertad y de simplicidad evangélica que predicaban los primeros "Reformistas". Pero se guardó mucho de los excesos de lenguaje y de pensamiento que iban a contribuir a formar el arsenal de las guerras de religión. No se le puede hacer pasar por un rebelde; no fué profeta y no se "adelantó a su tiempo". Comparada con la de sus cofrades en literatura, un Escaligero, un Guillermo Postel o un Etienne Dolet, su vida parece excepcionalmente tranquila y razonable. Los extremistas no gozaron de su favor, y su gran hombre era Erasmo de Rotterdam, cuya prudencia irónica y mesurada tanto desesperaba a Martín Lutero.

Era, pues, un hombre de su tiempo; uno de esos filólogos arrebatados que descubrían el mundo en un revoltijo, tanto en Platón, Luciano o Plinio, como en las relaciones de los primeros exploradores de América; que discaban los cadáveres jurando por Galeno; que se entredesgrarra-

ban guapamente por el amor de Dios y de las bellas letras; que que, en nombre de la poesía, hicieron tan lamentables versos latinos, en nombre de la antigüedad cometieron tantos anacronismos y en nombre de la etimología tantas faltas de ortografía, de las que el inglés y el francés aun no se han curado del todo. Un hombre del Renacimiento, bien despierto y enriquecido con todas las contradicciones de una época desbordante de vida.

Pero, ¿y sus libros? ¿y Pantagruel? ¿Es que nuestra época ha de contentarse con encontrar únicamente el famoso oráculo de la "Diva Botella"?

Cuando en Lyon aparecieron "la muy horripida vida del gran Gargantúa" y "Pantagruel, rey de los Dipsodas", el doctor Francisco Rabelais, médico de la Casa de Misericordia, creyó de su deber firmarlas con pseudónimo. Las había escrito divirtiéndose y las publicaba para ganar dinero. Sus gigantescos personajes los había tomado de la literatura popular, agregándoles un mundo de enormes fantasías tomadas de las narraciones de los rapsodas de las ferias, que constituían una tradición campestre en la que algunos eruditos adivinan las trazas de una mitología muy antigua. Utilizaba también el repertorio de gansadas y de procedimientos cómicos de un género bien establecido: parodias, desatinos y relaciones burlescas. Lo que sucedía es que, con todo esto, Rabelais constituía una obra maestra.

Del verbo de los rapsodas, su genio hacía un estilo. Los materiales rústicos se metamorfoseaban para servir tanto a la sátira de las costumbres como a esas epopeyas absurdas, suprarreales, que son auténticas creaciones poéticas. Y muy pronto Rabelais — que desde el Tercer Libro firmaba con su nombre aquellas obras desde entonces gloriosas — en verdadero novelista, se contó a sí mismo. De capítulo en capítulo fué olvidando la talla de sus gigantes para hacer arquetipos de humanidad, humanistas dignos, ligeramente embellecidos, sabios, justos, bravos y corteses. Sus aventuras no eran otra cosa sino la transposición de los recuerdos de infancia y de juventud de Rabelais, de sus estudios, de sus lecturas de la víspera, de sus años mozales, de sus viajes por Francia, Provenza e Italia, de sus teorías pedagógicas y de sus opiniones religiosas. En vano se pregunta uno ¿quién era Rabelais? Pero el lector honesto ve muy bien qué hombre quería ser, o soñaba con ser Rabelais, sabiéndose, sin embargo, lo suficientemente cercano a Panurgo el charlatán, cobarde e inquieto. Era un poco también, el hermano Juan, de la Orden de la Manga Ancha, fuerza de la naturaleza y boxeador báquico; un poco Epistemón el letrado, y, sobre todo, Pantagruel, el noble, sabio y potente Pantagruel, siempre tan mesurado, tan bien equilibrado, hijo respetuoso de un Gargantúa transformado en patriarca.

Este Rabelais ideal es el fundador de la Abadía de Theleme, cuya regla se sostiene con tres palabras: "Vive como quieras", y cuyos huéspedes, hombres y mujeres, todos "gentes libres, bien nacidas y bien instruidas", servirán todavía durante mucho tiempo de modelos a las sociedades un tanto optimistas. Es también el viejo rey que declara haber vivido "pidiendo la ayuda y la gra-

LA CIENCIA EXPLICA

PREGUNTA: ¿De qué se hacen los vestidos incombustibles?

RESPUESTA: El amianto es la variante blanca de una curiosa roca natural: el asbesto. Es un silicato de calcio que abunda en las canteras próximas a la ciudad de Asbestos (en la provincia de Quebec, en el Canadá), en los Alpes y en otras partes. Al romper esta roca, no se divide en trozos como las piedras ordinarias. Se separa en delgados filamentos más o menos sedosos y más o menos largos, completamente análogos a las fibras vegetales o animales. Con una técnica adecuada, estas fibras minerales pueden tejerse tan fácilmente como el algodón, la lana o la seda.

Pero a diferencia de las sustancias precedentes, que son orgánicas y combustibles, los tejidos en fibras de amianto son incombustibles. La palabra "asbestos" en griego quiere decir: "inextinguible". Esta propiedad es conocida desde una antigüedad remota. Los antiguos hacían ropa blanca con amianto. Bastaba pasarla al fuego para limpiarla, sin temor a destruirla.

En nuestros días, son numerosas las utilidades del asbesto. Con él se fabrican trajes incombustibles, que son particularmente valiosos para proteger de quemaduras a los bomberos y a trabajadores de distintas categorías.

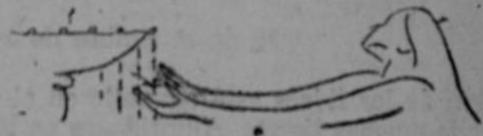
PREGUNTA: ¿Cómo es que los termitas pueden alimentarse con madera, siendo así que la madera no puede digerirse por la mayor parte de los animales?

RESPUESTA: En realidad, los mismos termitas no pueden digerir la madera. Se contentan con desmenuzarla, masticarla y hacer con ella una papilla. Esta papilla sirve de alimento a organismos microscópicos, los flagelados, que viven como parásitos o mejor como asociados, en su tubo digestivo. Estos flagelados pueden nutrirse con la celulosa de madera y transformarla en hidratos de carbono asimilables por los termitas.

PREGUNTA: ¿Cuándo se inventó el pan?

RESPUESTA: El pan se conocía en la más remota antigüedad. Se han encontrado restos que datan de 3.000 años a. d. C. en las ciudades lacustres de Suiza. Se han encontrado asimismo, granos de diversos cereales.

No cabe duda de que en sus orígenes no se conocía el empleo de la lavadura, pero 1.200 años a. d. C. se encuentra ya mencionado este procedimiento.



cia divinas, no sin pecado, lo confieso... pero sin reproche".

Porque en esta obra, aparte del deseo principal, que es divertir, hay una firme voluntad de luchar contra los pedantes, contra la tiranía intelectual y contra la hipocresía, contra la estupidez, en una palabra, que es la mayor enemiga de Rabelais. Y su libro no predica otra cosa sino el buen sentido y las virtudes de una sana pedagogía. Siempre se releerán con provecho los asombrosos capítulos sobre la educación, donde está el espíritu de los programas más "progresistas" de hoy, de una enseñanza completa, que cuida tanto del carácter como de la inteligencia, y de las manos como del cerebro. "Que yo veo un abismo de ciencia — escribe Gargantúa a su hijo — pero la sapiencia no entra para nada en el alma malévol, y ciencia sin conciencia no es más que la ruina del alma".

Si no se osa ver un "mensaje" en estas lecciones, es porque forman parte de la herencia común y se las ha repetido tanto que cada cual cree que han sido ya aplicadas. Pero volvamos a nuestro libro. A despecho de algunos misterios está ampliamente abierto a todos los buenos "compañeros" y prodiga los más útiles consejos para todos aquellos que desean todavía vivir con la ca-

beza fresca y el corazón en paz.

¿Por qué no, pues, Rabelais, profesor de moral? Nuestros padres deploraban su grosería. Es este un reproche con que el aficionado a las novelas de hoy no puede ni siquiera soñar. Ha visto cosas mucho más fuertes. Con esta diferencia: que la obscenidad contemporánea no es divertida, ni mucho menos. Y si Rabelais chocea todavía al lector, es probablemente, a causa de su buen humor. El siglo XX se ha habituado tan bien a la gravedad, a la "profundidad", como ahora se dice, incluso en sus diversiones y en su publicidad comercial, que la caricajada, la risa de la salud, no le place. Pase todavía bromear; pero ponerse alegre, sin pudor ni maldad, considerando el mundo, su parloteo, sus vicios, sus dogmas, sus peles y sus dignatarios; qué ofensa para los pedantes modernos, "científicos" unos y "trágicos" otros!

En todo caso, es a nosotros, a los lectores de hoy, a los que se dirige siempre la famosa advertencia:

"Viendo el duelo que os mina y os consume, Hay que escribir de risas, no de llantos, Pues por la risa el hombre se presume".

GARCIA LORCA EN NORTEAMERICA

Por RAMON SENDER



con el título "Gipsy Ballads", Humphries había traducido antes otros poemas de Lorca y alguna de sus obras teatrales. Los críticos dicen que "Gipsy Ballads" está bien, aunque algunos conocedores del original español creen que la traducción es inexacta e infiel. Las dos cosas son posibles al mismo tiempo, considerando las dificultades que tiene la traducción de un tipo de poesía tan densamente lírica y exótica. En todo caso, es una traducción de poeta, a poeta y en ella se sobreentienden las confianzas y licencias, como en el histórico ejemplo de Baudelaire. Poe. No diremos que sea el mismo caso, ni mucho menos; pero el traductor logra ponerse a veces a la altura del original.

Se ha traducido y comentado mucho a García Lorca en los Estados Unidos. El autor de "Bodas de Sangre" es casi un autor yanqui —y Lorca nos perdona—, como ha sido antes suramericano o centroamericano. Para un gran poeta hay un peligro tan temible como el de la incompreensión, y es el peligro de ponerse de moda. La ventaja de Lorca es que su novedad es tan antigua como el mundo. Al menos ese mundo mediterráneo formado por España, Argel, Egipto (Alejandría), Turquía (Bizancio), Grecia e Italia.

Entre los que recientemente han escrito sobre Lorca en inglés hay que recordar a Stephen Spender, a Edwin Honig y a Arturo Barea. Gracias a ellos y a otros muchos entusiastas de la joven poesía, la espléndida obra de Lorca consigue la difusión y la consideración que merece. Lorca es ya un andaluz universal que con parte la atención de los norteamericanos "cejalto" —es decir, en tendidos— con otros dos andaluces: Picasso y Manuel de Falla.

Hace dos años, cuando la organización de teatro de arte ANTA de Nueva York iba a representar por vez primera "La Casa de Bernarda Alba", el Poetry Club de la ciudad del Hudson me invitó a asistir y a dar una conferencia sobre Lorca. Yo estaba entonces muy lejos de Nueva York, era ple no invierno y, además, en aquel momento me agobiaba el trabajo. Tuve que declinar lo que habría sido un honor y un placer. Días pasados, en esta ciudad del sudoeste donde resido, asistí a una representación en inglés de "La Casa de Bernarda de Alba", y tuve después en mi casa a toda la jovial y algarera compañía de muchachas —en la obra no hay más que papeles femeninos— para tomar un vaso de vino y hablar del poeta de Granada. Se trataba de una compañía de jóvenes actores profesionales durante el invierno en Los Angeles y se dedican, en los meses de calor, a representar un repertorio muy escogido en las ciudades de Arizona y New México. Era una gente encantadora. Siempre me causa un poco de asombro la honradez profesional de los actores americanos, la manera sencilla y sin pretensiones de cultivar su arte y el respeto que tienen para la obra y el autor que representan.

Algunos creen que Lorca

reció en la vida española como un meteoro suscitando sorpresa y admiración desde el principio. No fué así. En 1920, Lorca era ya un poeta formado, pero la gente no lo aclamó hasta diez años después, y muchos de los poemas que publicó en 1932 o en 1935 los había recitado en 1921 o 1922 a sus amigos en el Ateneo de Madrid y en otras partes sin más resonancia que el entusiasmo de los entendidos.

Más tarde, su "Romancero Gitano" fué celebrado unánimemente, pero no siempre comprendido. Se le acusaba de folklorismo y facilidad. Ya sabemos que un poeta no necesita ser comprendido para ser amado. Le basta con que sus imágenes sean incorporadas al repertorio común en ese plano de la emoción donde la razón no necesita forzosamente entrar. Pero hay dos maneras de no comprender: una afirmando y otra negando. En el caso de Lorca dominaba por fortuna los que aplaudían sin comprender. Así fué la naciencia popularidad de Lorca, ni temprana ni unánime. Uno de los fenómenos más interesantes de la vida de Lorca es esa facilidad con que su obra rebasó los límites de la minoría culta y comenzó a esparcirse por el pueblo.

Los poetas norteamericanos se preguntan todavía cómo un poeta puro, un poeta difícil puede hacerse popular. Arturo Barea contestó esa pregunta en su libro "Lorca, el poeta y su pueblo", publicado no hace mucho en Londres y en Nueva York.

Es sabido que Lorca alcanzó la popularidad en España en 1928 precisamente con el "Romancero Gitano". Pero antes había publicado dos libros y estrenando dos obras de teatro sin mayor éxito: "Impresiones y Paisajes" (1918) y "Libro de Poemas" (1921). Sus obras teatrales fueron la comedia "El Maleficio de la Mariposa" (1920) y el drama histórico "Mariana Pineda" (1927), que fueron recibidos con indiferencia, aunque en el segundo estaban ya presentes las mejores cualidades del poeta.

Como decimos, fué el "Romancero" el que hizo el milagro. Las minorías selectas gustarán en Norteamérica la traducción de Humphries, pero no hay que esperar que "Gipsy Ballads" conquiste en inglés tantos lectores como en español. La cultura inglesa no tiene una tradición en la que se reconozca la hermandad inefable de la luz con la sangre y la sangre con la voluptuosidad. Y si la tuviera, yo dudo de que un poeta como Humphries pudiera hacerla sonar a tono con Lorca en todos sus matices.

Sin embargo, en general, Lorca está traducido en los Estados Unidos. Durante el año 1941 se publicaron cinco de sus obras teatrales en un tomo: "Los Amores de don Perlimplín", "La Zapatera prodigiosa", "Doña Rosita la Soltera", "Bodas de Sangre" y "Yerma". Un par de años antes, en 1939, se había publicado en un volumen aparte "Bodas de Sangre". Accidentalmente, de esta tragedia rural se han hecho varias traducciones por diferentes autores norteamericanos que se disputan la preferencia en las analogías de teatro y en los repertorios de las escenas universitarias. Antes de publicarse la primera traducción de "Bodas de Sangre", se publicó en 1937 un tomo de poesía con el título "Llanto por la muerte de un Torero y otros Poemas". Tal vez esa elegía es el poema más popular en los Estados Unidos de toda la obra Lorca. Entre los aficionados al surrealismo se estima mucho también su "Poeta en Nueva York", publicado en una excelente traducción en 1940, cuyo principio, "El Rey de Harlem", alucina a los jóvenes partidarios de la llamada poesía del inconsciente:

"Con una cuchara, con una cuchara, golpeaba el trasero de los monos..."

Ultimamente, el drama póstumo "La Casa de Bernarda Alba" ha interesado, no sólo a los asiduos de las salas experimentales, sino al gran público también. La mejor prueba acabo de verla en esta apartada ciudad del sudoeste. La obra se ha representado siete días con el teatro lleno y podría haber seguido en el cartel si la compañía no hubiera decidido seguir el programa anunciado al comenzar la temporada y ofrecer "Cocktail Party" de Eliot y otras novedades famosas. El teatro no era muy grande, es verdad. Pero el hecho de que estuviera completamente lleno autoriza a hacer cualquier hipótesis.

Desde luego, "Bodas de Sangre" y "La Casa de Bernarda Alba" son las obras lorquianas de mayor éxito en Estados Unidos, y yo creo que resistirán al tiempo y al olvido. "La Casa Bernarda Alba", especialmente. Aparte su fuerte acento sensual y primitivo, es una obra llena de acción interior y de sorpresas dramáticas. El odioso psicologismo —odio so para la mayor parte de los verdaderos poetas modernos— se combina en ese drama con la poesía más delicada. Lorca estaba especialmente satisfecho de esa obra. Creo, sin embargo, que si hubiera podido asistir a los ensayos de la primera representación habría cambiado una o dos líneas que en la traducción inglesa lo mismo que en el original español chocan y defraudan. La más patente es la frase de Bernarda cuando vuelve a la escena después de haber disparado contra el novio de su hija, y, en medio de una atmósfera candente de emoción, dice: "Las mujeres no apuntamos tan bien como los hombres". Algunos críticos de Nueva York hacían notar el "anti-climax" que esa inoportuna observación producía. Una obra teatral no está terminada hasta que el autor la ha visto ensayar y da sobre la escena el último retoque. Lorca no pudo hacerlo. Así y todo, "La Casa de Bernarda Alba" es la más teatral del corto, pero substancioso repertorio lorquiano.

Hablar de Lorca como folklorista y como gitano es una disminución injusta y de mala fe. Lorca es la Andalucía y el levante español que estaban llenos de naturaleza lírica desde mucho antes de existir gitanos en España. Los gitanos de Lorca nadie los ha visto más que él. Y puestos a concretar, pueden ser gitanos o iberos o tartesios o griegos de Creta o de Metilene. Y sobre todo, naturalmente, latinos. Si hay alguna manera de comenzar a entrever esas sombras remotas en la poesía andaluza de hoy, es a través de Lorca, quien estaba tan fascinado por ellas como por los flamencos y los toreros y los caballistas.

La cultura latina impregna España y sobre todo Andalucía. Cerca de la aldea natal de Lorca nacieron hace veinte siglos Séneca



Lucano, y las alusiones de Lorca a esa herencia demasiado frecuentes para ser casuales, son un indicio. Emplea Lorca las expresiones "romanos" y "cartagineses" dándoles en sí mismas un sentido lírico, presta alias latinos a sus personajes, como la Poncia y Pepe Romano (éste último, el protagonista, ausente, de "La Casa de Bernarda Alba") y muestra esos reflejos legendarios y cultos en los que hay que buscar una de las razones secretas de la enorme fuerza de irradiación de la obra de Lorca. De vivir veinte años más García Lorca habría rejuvenecido ese mundo de las esencias poéticas mediterráneas y habría inundado con ellas los cinco continentes.

A veces pasamos demasiado de largo sobre algunos fenómenos literarios que pueden tener un secreto y, tal vez, enorme significación. Yo creo que con Lorca y con otros autores, como Miguel Hernández y Alberti, parece presentirse en las letras "un temblor que anuncia la aurora", es decir, un nuevo período clásico —no un neoclasicismo, tan sospecho so como el neorromanticismo inglés o cualquier otra escuela expresada por el prefijo de las resurrecciones—. Lo mismo parecen indicar en la prosa autores como Cela, Laforet y algunos que están en el exilio y cultivan las formas narrativas o la crítica. Otros signos tan elocuentes como los de la literatura aparecen en campos diferentes —pintura, música— y en la misma dirección. El tiempo dirá si es verdad o no, pero Lorca será tal vez uno de los precursores, y la facilidad con que es recibido y asimilado fuera de España hace pensar que la disposición en otros países y culturas es parecida.

¿Vamos a un nuevo renacimiento? ¿Cómo y por qué caminos? Norteamérica es acusada de anti-intelectualismo. También Rusia. Esta acepta la acusación y trata de demostrar que su antiintelectualismo es una virtud. Norteamérica ni la acepta ni la rechaza, pero cela cuidadosamente la libertad de expresión. En los Estados Unidos se reciben las formas nuevas con una disposición benévola y a veces con entusiasmo. No se puede negar que sus grupos más sensitivos asimilan y expanden la novedad cuando, como en el caso de Lorca, esa novedad lleva implícito el regreso a lo esencial, permanente y eternamente virgen. Un período clásico es, ni más ni menos, el que expresa esa esencialidad con formas espontáneamente originales, y podría ser que estuviéramos entrando en él. De ser así, el mundo hispano, a juzgar por algunos síntomas, tendría un puesto en la vanguardia exploradora. Algún día trataré de explicar y extender estas sugerencias.

Cartas Femeninas

NOVENA.— LA VOZ DE LA ESFINGE

Estimado señor Director:

Quiero hablarle hoy de un poeta costarricense que muchos tienen olvidado. Injusta actitud que muy mal nos recomienda ante la opinión ajena. Félix Angel Salas publicó, hace unos ocho años, un libro de intensos aspectos grises. Su vida, muy corta y muy difícil, tuvo también matices de un gris profundo. La muerte, vestida, para él, de un manto grisáceo, llegó muy temprano. No pudo dejarnos sino pocos jirones de una alma llena de angustiosas desesperanzas.

En este libro, *Surcos grises*, que es toda una afirmación de arte, he encontrado, a cada instante, reflejos admirables de cuatro temas que podría llamar fundamentales: el dolor, la soledad, el amor y la muerte. Son las cuatro facetas del cristal que les sirve a los románticos para contemplar la vida y, al mismo tiempo, para crear imágenes de poesía verdadera.

Acá, reta al Dolor haciendo ondear, ante la turbia ráfaga del sufrimiento, el estandarte, siempre victorioso, de la existencia. Allá, la muerte de una joven que era toda esperanzas, le inspira un canto en el que, visionario, exclama: ¡los seres que amamos no han muerto! Su dulce recuerdo es algo ya inmortal. Y repite: ¡aquéllos que amamos no pueden morir! Es un nuevo reto, es el desafío a la Muerte.

El amor hacia su madre y hacia la bondadosa madre de sus hijos, le dicta estrofas de evocadora intimidad. Piensa con tristeza en esos hijos del alma que muy pronto han de verse huérfanos de las caricias y de las máximas paternas. Con dolor se pregunta: ¿qué iréis a hacer mañana, hijos míos, cuando rota la fibra que hoy se aferra a mí, os esperen los inviernos fríos por la vasta llanura de la tierra?

Canta a los muertos, los pálidos hermanos que esperándolo están. Cree, injusto, que allí, en donde ellos duermen, empieza la tierra del Olvido sin recordar que el misterio de la muerte se desvanece cuando el olvido nos impone sus indiferencias.

Cerrando el libro amable, el poeta que comentó con cariño, exclama, ante las ajenas impacencias: ¡aguarda, enterrador! Le recuerda, al insensible sepulturero que la vida, como la muerte, es calma y suavidad sin fin; no hay solución de continuidad en el tránsito de una a otra porque ambas, son en el fondo, eternidad. En un momento de angustia inesperada afirma que ¡pensar y sentir, todo es llorar!

Lo más alto, lo más profundo del libro está en ese poema que el artista inolvidable y tan olvidado tituló *La voz de la Esfinge*. Si no supo bajar la cabeza ante el propio dolor que tanto hubo de martirizarlo, el bardo aceptó doblar la altiva frente ante la eternidad, simbolizada en la Esfinge cuyos secos e inmóviles labios se abrieron para contestar las preguntas del poeta curioso.

Desnuda como el Dolor, la describe el noble artista quien, en ella, admira el petrificado gesto de la soberbia fuerza de la Duda. Ansia la verdad y la busca por los caminos tortuosos de la duda que todo lo llena de misteriosa penumbra. De esa semioscuridad ha de surgir la exacta razón de la Existencia y de sus múltiples arcanos.

Buscando el signo maravilloso de la Vida, en el rostro cincelado a golpes lentos por la serenidad eterna, el bardo sorprende el gesto trágico de la Muerte. Descubre el infinito en aquella mirada de piedra llena de angustia. Mirada que se extiende hacia lo lejos en el tiempo y en el espacio: hacia la nada, que es toda una quimera.

El poeta interroga. Es el suyo, al principio, un monólogo impregnado de hondos anhelos. Desea explicarse los hechos que no tienen explicación alguna. Su voz poseída por la santa fiebre del conocimiento, es un doloroso grito de amargura. En el propio pecho anhela que es el de la extraviada humanidad, como una esperanza nunca realizada, siente hundida la garra del león de la Esfinge, la misma garra que desmenuza la móvil arena en la que desde hace siglos está inútilmente clavada.

La Quimera, muda y elocuente a un tiempo, emerge de la llanura hacia lo azul, igual que un ruego. Interroga horizontes que se pierden en la lejanía. Le parece el enorme plectro donde pulsa sus laúdes, sintiéndose ella misma un abismo también.

Hay serenidad en la frente del Monstruo enclavado en la arena sitibunda. Es la serenidad de quien se encuentra entre el Pasado y el Presente, entre el Ahora y el Mañana. Es la serenidad bienhechora de quien conoce y oculta el secreto del Principio y del Fin. Sabe en donde están las fuentes selladas de la vida. Conoce el sitio hacia donde fluyen las existencias todas. Puede decirnos quiénes fuimos, quiénes somos, quiénes seremos.

Ante las atrevidas interrogaciones del poeta, ávido de inmensidad, la Esfinge sacude el peso invisible de los cansados siglos y empieza a hablar. Su palabra es grave como si fuera de granito milenario. Su acento es como eco de tempestades que nacen en una lejanía inconmensurable. Sus ideas son relámpagos de brillo incandescente.

De cara hacia la Muerte, la Esfinge se contempla ante el mar sin riberas de la Nada. Vió, en su larga vida de reminiscencias siempre latentes, cómo surgieron y desaparecieron pueblos y caudillos, tronos y vasallos. Ante su mirada siempre alerta, todo nació, todo murió sin dejar un recuerdo siquiera. Todo no! Porque la dulce figura de Cristo, si bien fué maltratada y desconocida, aun hoy se levanta desde lo alto de una cruz de martirio para indicar el sendero de la única felicidad.

Es ella el símbolo del dolor terrible de lo incierto en el que naufraga, sin esperanza de salvación alguna, lo mejor de la vida de los hombres: el Amor!

Los humanos son mortales. ¡Bienaventurados ellos!, exclama la Quimera. Ellos conocerán la verdad eterna en el instante mismo de la muerte. La Esfinge es inmortal. Representa la Duda eterna que nunca resuelve los propios y los ajenos problemas. La Duda ha que rido y quiere siempre morir. No puede dejar de existir porque los hombres la necesitan para alimentar sus angustias, para nublar el destino.

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

Así
visten
ellas

YELBA
RODRIGUEZ

Clara su presencia, clara ...
y el reloj del tiempo de nuevo
aromado...
Maravilla el instante,
maravilla... y la rosa detuvo
sus horas ...

(Foto SOLANO)



El consejo final de la Esfinge es acallar en el alma el atrevido ensueño ansioso de certidumbres. Esperar que nos sea permitido conocer lo Cierto. ¿De manos de cuál Sér Superior recibiremos el secreto de la Vida? De la inquieta y audaz investigación científica? No; De las ondulantes y atrevidas imaginaciones del Arte? Tampoco! Entonces? El secreto está encerrado en la tumba! La muerte es el precio único para conocer lo Cierto!

Mientras vivamos, de la Vida nada sabremos, nada entenderemos. Sólo la Duda nos acompaña para hacernos sufrir en el anhelo nunca apagado de conocer la Verdad.

Queda en el espíritu flotando con insistencia martirizante la estrofa, eje del poema:

Espera hasta que el soplo de la Muerte
te dispense esa luz para tu calma
cuando dejando el mundo de lo inerte
hienda el Azul el Pájaro de tu Alma!

Como ve usted, mi estimado señor Director, todo un poema, un poema continental de aliento filosófico profundo. ¡Todo un poeta en una sola poesía!

un poema continental de aliento filosófico profundo. ¡Todo un poeta
Acepte una vez más el saludo afectuoso de quien tanto le agradece la atención que bondadosamente ha querido concederle a estas cartas mías.

LUZ DEL ALBA